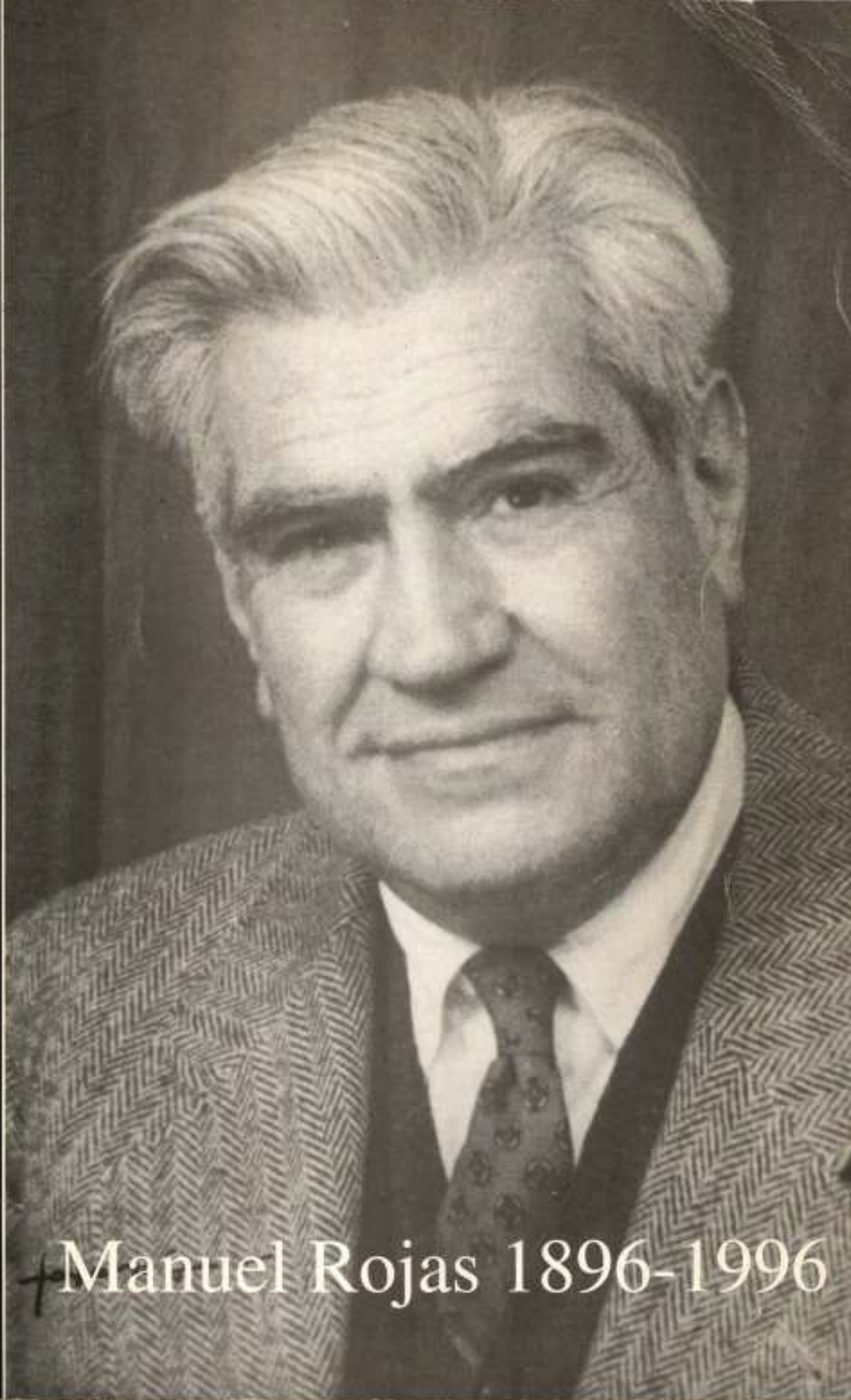


FUNDACION
PABLO NERUDA



CUADERNOS

Año VII
Número 24
Santiago Chile
1996



† Manuel Rojas 1896-1996

CUADERNOS

Director
Luis Sánchez Latorre

Editora
Ana María Díaz Grez

Comité Editorial
Roser Bru
Alfonso Calderón
Poli Délano
Agata Gilgo
Ana María Larrain
Juan Antonio Massone
Ricardo Mesa
Floridor Pérez
Jaime Quezada
Volodia Teitelboim
José Miguel Varas
Sofía Vergara
Virginia Vidal
Faride Zerán

Diseño
Juan Alberto Campos R.

Impresor
LOM Ediciones Ltda.

DOMICILIO DE LA
FUNDACION
PABLO NERUDA
Fernando Márquez
de la Plata 0192
Barrio Bellavista,
Comuna de Providencia,
Santiago.
Teléfono: 7778741
Fax: 7378712

(2)
Manuel Rojas
Alone

(4)
Nuestro Máximo Gorki
Luis Enrique Délano

(12)
Recuerdos de mi Padre
Paz Rojas

(19)
Un Grande del Siglo
Volodia Teitelboim

(32)
Deshecha Rosa
Manuel Rojas

(40)
Escritor Multiforme
Juan Antonio Massone

(44)
María Baeza
Raúl Silva Castro

(46)
Tres Poemas
María Baeza

(52)
In Memoriam Manuel y Benjamín
Pablo Neruda

(54)
Se Fueron Juntos
J.M.V.

(59)
"¿Hazte Hombre, Manuel!"
José Santos González Vera

(62)
Una Oscura Vida Radiante
Filebo

(68)
Manuel Rojas, Apuntador y Autor Teatral
Mario Cánepa Guzmán

(70)
El Hombre de la Rosa y sus Misterios
Virginia Vidal

(74)
Una Línea de Sombra
Thomas Harris

(80)
Recuerdos de Alberto Mántaras
José Miguel Varas

(82)
La Amistad
Pablo Neruda

(84)
Notas

Manuel Rojas

Este gigante moreno, callado, campesino, viene a las letras con una experiencia popular fuerte y ruda; trabajó de peón caminero en las obras del ferrocarril trasandino y fue cargador de lanchas en la bahía de Valparaíso.

Nada de eso lo ha amargado.

Gusta del esfuerzo viril que le prueba su vigor, goza pintando plenamente la vida y los tipos curiosos encontrados: poeta, ensaya expresiones delicadas y hace danzar las imágenes en versos libres, ultramodernistas, imprimiéndoles calor de humanidad.

Siempre causa impresión de salud, de equilibrio y atrae por su postura enérgica de atleta bien plantado, a igual distancia de las exageraciones criollistas y las exageraciones imaginistas, feliz combinación de Salvador Reyes con Mariano Latorre.

En los últimos cuatro años ha publicado cuatro libros: *El hombre de los ojos azules* y *Hombres del Sur*, cuentos; *Tonada del transeúnte*, poemas, y *El delincuente*, cuentos, disparejos de calidad, pero todos reveladores de un temperamento vigoroso, no sin delicadeza.

Alone

Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX.
Editorial Nascimento, Santiago, 1931.





Colombres, la vieja casa en que Manuel Rojas creció con su madre desde 1902 hasta 1908.

Nuestro



El Ministro de Educación, Vicealmirante Manuel Quirana hace entrega del Premio Nacional de Literatura a Manuel Rojas, 1957.

Máximo Gorki



Carlos Droguett, Manuel Rojas y Enrique Espinoza.

Luis Enrique Délano

Seguramente el novelista más importante de los que surgieron directa o indirectamente al calor de los acontecimientos de ese fenómeno romántico y social que en Chile llamamos "el año 20" (1920) es Manuel Rojas. Por mucho tiempo se pensó (y hasta se escribió) que Rojas, por las razones que se verán, era nuestro Máximo Gorki, el Máximo Gorki que todas las literaturas deberían tener. Esto es, el escritor viril, sensible, desbordante de solidaridad humana y educado en las universidades de la vida.

Rojas, como Gorki, provenía de un medio pobre, el mismo en Buenos Aires, donde nació, en 1896, que en Chile a donde sus padres, ambos chilenos, lo llevaron en 1899, y otra vez el de Buenos Aires, cuando la familia regresó en busca de horizontes más propicios, cuatro años más tarde. Allí siguió Manuel los primeros cursos de escuela.

De su padre se sabe poco, quizás murió temprano. De su madre, doña Dorotea Sepúlveda González, natural de Talca, nos han llegado algu-

nas referencias. Era una mujer que no sólo leía novelas sino también esos libros sociales que estaban en boga en las primeras décadas del siglo y que soliviantaban a la gente generosa, anhelante de dar algo de sí misma a los demás. A la casa de doña Dorotea solían llegar anarquistas hambrientos o perseguidos. Gabriela Mistral, que tenía gran estimación por ella, así como por su hijo Manuel, nos la describió una vez como "una viejita preciosa".

Vivían en la pobreza que vuelve luchador al hombre desde sus primeros años, la pobreza que ayuda a resistir golpes y soportar adversidades, cuando no provoca la sumisión, la aceptación de un injusto status del que no somos culpables sino víctimas. Lo último es lo habitual, lo primero la excepción, el aliento a la rebeldía. Si recordamos a los campesinos de Nijni Novgorod, que Gorki nos ha descrito con mano maestra, tenemos que pensar que no menos indiferentes a sus propias miserias serían las gentes de las barriadas de Buenos Aires o de los campos chilenos que conoció Manuel Rojas en su infancia.

He ahí una afinidad. Otra es el afán andariego que sacudió tanto al ruso como al chileno. El primero, con un zurrón colgando de su hombro, se lanzó a caminar por las llanuras y las costas, por las montañas y las estepas de su inmenso país. Rojas, quizás más que todo por amor al vagabundaje, a no estar sometido a patrones explotadores y normas de conducta prefijadas, emprendió también largos viajes a pie, cruzando nada menos que la terrible Cordillera de Los Andes, que separa a la tierra donde nació de aquella donde más tarde anidaría y echaría raíces; o recorriendo Chile de uno a otro extremo, desde el norte calvo, cálido y desértico hasta el sur que es pura agua de lluvia, ríos, lagos, al cual se ha llamado "trópico frío". Hacia los últimos años de su vida, Manuel Rojas escribió animadas y bellas páginas sobre sus andanzas a pie por territorio chileno.

El otro parentesco entre Gorki y

Rojas es consecuencia de lo que se ha dicho, deriva de las enseñanzas que los años de vagar dan al hombre sobre sus semejantes. Y al decir semejantes estamos pensando en seres de los ambientes del trabajo, que ambos escritores conocieron muy bien y que son, para un novelista, el filón más rico, la fuente más pródiga, la cantera ideal donde ir a buscar uno de los materiales principales de una novela. El mundo del trabajo es el que ha inspirado las mejores novelas de todos los tiempos y de todos los países, el que ha proporcionado los grandes conflictos y los tipos humanos que se han llevado al libro.

Entre los quince años y su madurez, Manuel Rojas, que sólo había estudiado para hombre, desempeñó sin embargo una buena docena de oficios tan diversos y encontrados como: pintor de brocha gorda, electricista, cuidador de un circo, acarreador en las faenas de la vendimia; fue también peón en la vía férrea que, atravesando la cordillera, une a Chile con la Argentina, y lo fue en el sitio más difícil de ese difícil trayecto: lo más alto de la montaña, justo en el límite de ambos países. Luego fue cuidador de faluchos y estibador en el puerto de Valparaíso, colaborador y redactor de periódicos anarquistas, apuntador o consueña de compañías teatrales, linotipista de imprenta, periodista, funcionario de la Biblioteca Nacional, regente de la imprenta de la Universidad de Chile, profesor de redacción en la escuela de Periodismo y de literatura latinoamericana en universidades de Estados Unidos. La ma-

yor parte de estos oficios -sobre todo los ejercidos durante la juventud- correspondió al trabajo manual, lo que supone la sociedad con seres que tenían que arreglarse difícilmente, a veces a duros golpes, con la vida. Manuel Rojas ha dicho: "Conocí andando por el mundo, muchos hombres que narraban, en un campamento, en una estación de ferrocarril, en una comisaría, sus historias y las ajenas". Bien, esta es una manera de llenarse los bolsillos de tesoros, de ricos temas a los que echar mano alguna vez. Pero, ¿y lo que él mismo vio, supo, aprendió, experimentó? ¿Todo lo que le dio la vida, los caracteres, los personajes, los hechos, los paisajes, los amores, los dolores, a través de sus andanzas y de sus trabajos, tanto si se toma esta palabra en su acepción normal o en el sentido cervantino?

Esa ha sido, sin duda, la fuente más abundante y mejor de las que se nutrió la obra de Manuel Rojas. De cada sitio, de cada hombre, de cada oficio salieron cuentos o partes de novela. De su trabajo de peón en la línea del ferrocarril trasandino viene su justamente famoso cuento *Laguna*; de sus tareas en el puerto de Valparaíso surgieron narraciones de tanta ternura humana y piedad por los desventurados como es su cuento *El vaso de leche*, así como también la novela *Lanchas en la bahía*; de sus conocimientos del bajo mundo, el relato *El delincuente*, como también parte de la novela *Hijo de ladrón*, mientras de las errancias por campos chilenos vienen los relatos que forman *Hombres del sur*. En fin, de todas sus experiencias vitales emergió el per-



Después de una conferencia en la Universidad de La Habana, Cuba.

sonaje de tres novelas de Rojas, Aniceto Hevia, delineado con rasgos vigorosos, como un autorretrato salido del pincel de un pintor recio y experimentado.

Campos y ciudades, el sur pródigo, las calles de Chile en épocas de ebullición social, el paso de algunos hombres desde la cárcel a la revolución o viceversa, el abandono y la soledad de seres humanos que si no hablan mucho de ello, sufren lo suyo, son el material de sus libros, que en general, están compuestos con real preocupación técnica e inteligente maestría. Toda la evolución literaria del siglo se refleja en las novelas de Rojas que,

sin embargo, nunca son inútilmente complicadas ni buscan una originalidad a base de trucos ni artificios. Su universalidad se funda en un conocimiento verdadero y de primera mano de la vida y en un tratamiento adecuado del alma de los seres humanos.

Manuel Rojas comenzó siendo poeta y sus primeros versos se publicaron en 1917, en una revista muy selecta de Santiago. Siguió siendo poeta siempre, escribiera o no en versos, aunque a partir de 1926, cuando publica *Hombres del Sur*, se le considera fundamentalmente como prosista. En verdad es la prosa, la narración, lo que

labra su nombradía como escritor, no obstante que en 1927 publica *Tonada del transeúnte*, un volumen de versos del cual lo menos que puede decirse es que es original y pleno de sensibilidad.

Después vienen los cuentos de *El delincuente* y la novela *Lanchas en la bahía*, del origen que se señaló antes. En esta última obra, publicada en 1932, se nota ya una preocupación por técnicas literarias que aún los escritores chilenos no empiezan a usar. Rojas sabe que para vencer el provincianismo y la incomunicación, el escritor debe vivir atento a los rumores del gran caracol del mundo. En *Lanchas en*

la bahía, por ejemplo, se contiene un monólogo interior desprovisto de puntuación, en el que los pensamientos se muestran del mismo modo que se producen, aglomerados, a saltos, cambiantes o a borbotones. Más adelante, en su novela más famosa *Hijo de ladrón*, volveremos a encontrar preocupación por las manifestaciones de la corriente de conciencia cuando, en ciertas evocaciones o vueltas al pasado yuxtapone pasado y presente en el monólogo interior. No se piense por ello que Rojas emplea la novedad por la novedad o va tras un superficial vanguardismo. Sus propósitos son lograr la mayor eficacia literaria posible y sin duda que lo logra.

Han de pasar algunos años de trabajo, cerca de veinte, después de *Lanchas en la bahía*, antes que Manuel Rojas publique, en 1951, *Hijo de ladrón*. Hay críticos que sostienen que todo lo anterior fue solo un período de incubación de la que se calificaría como su obra maestra. Si no es ella la mejor novela de Rojas, es por lo menos la que despertó el mayor interés, nacional e internacional, por el escritor. (La novela se tradujo a varios idiomas. En Estados Unidos se publicó bajo el título inexacto *Born Guilty* (Nacido culpable o Culpable de nacimiento), que no tiene la significación del nombre en español.

Se trata de una novela con un fuerte contenido autobiográfico, en la que Manuel Rojas vació una buena parte de lo que el tiempo dejó en su memoria. En sus páginas se reconoce a hombres de una generación cuya mente quedó marcada por dos acontecimientos determinantes: uno de orden general, la Primera Guerra Mundial, y otro de orden particular, el año 20 chileno, que se manifiesta por una explosión, brutalmente reprimida, de las ideas anarquistas que hacían presa por aquel tiempo de muchos obreros y no pocos estudiantes. Manuel Rojas había conocido de niño a los anarquistas. En el cuento *Laguna*, que aunque destinado a hablar de un hombre de ese apellido o quizás apodo, Laguna, es autobiográfico de la temprana adolescencia del autor, escribe: "Me fui a dos anarquistas chilenos que regresaban a su tierra y emprendimos el viaje, saliendo de Mendoza una noche de abril". Más tarde, en Chile, se liga a obreros y estudiantes de tendencias acráticas. Uno de sus buenos amigos y quien lo estimula para que escriba versos es el poeta Domingo Gómez Rojas, que muere loco, ese mismo año 20, después de una prolongada y dura prisión. El propio Rojas, durante esos días, tiene que hurtar el cuerpo a la persecución y cuando los militares, por órdenes del gobierno, asaltan, empastelan y destruyen la imprenta del periódico anarquista *Numen*, Rojas, que trabaja allí como obrero, se salva de la prisión y quizás de la muerte ocultándose tras unos fardos de papel.

Esas son, pues, las ideas que bullen en la cabeza de Aniceto Hevia, que aunque parece más un ser pasivo que un militante y no carece de cierta dosis de escepticismo, cree en la humanidad. No obstante la corrupción en que ésta ha caído bajo el orden burgués, puede ser salvada. Las ideas de

Aniceto Hevia son, naturalmente las de Manuel Rojas, que era un gigantón lento de movimientos y palabras, con espesas cejas negras y manos encallecidas en trabajos rudos.

Hemos conocido, aparte de Manuel Rojas, a unos cuantos chilenos que eran estudiantes anarquistas en los días del año 20 y lo que más nos impresionó de ellos fue su profunda honestidad, su decencia para vivir. Eso nos resultó mucho más interesante que sus ideas sacadas de Bakunin, de Reclus o de Stirner, de quien tanto se burló Carlos Marx.

En *Hijo de ladrón*, la sensación mejor que queda en el ánimo del lector es la de la verdad. Los personajes viven realmente, son auténticos, son seres libres y no títeres manejados por el novelista, y esto no se ve sólo en sus acciones sino en el discurrir de sus pensamientos. Sus acciones son solamente el reflejo de sus pensamientos o sus sentimientos.

La concepción literaria que se desprende de las novelas de Manuel Rojas había sido, por lo demás, expresada por él con bastante anterioridad, cuando escribió:

"El novelista ha abandonado aquel camino de sol, de risas, de carreras, de juego y de guerra, propio de la epopeya, y descendido a otro, silencioso, como tapizado, por donde la vida interior transcurre como la sangre, sin ruidos, y donde la raíz del hombre se baña en oscuros líquidos y en extrañas mixturas. Cada día más los hechos exteriores son abandonados y olvidados en las novelas;



Un descanso durante una excursión. El abanico en cerro San Ramón. Alberto Rey, Manuel Rojas y Eduardo Tschell.

no tienen sino una importancia periférica, social; el hombre no vive en los hechos, mejor dicho, los hechos no son lo más importante en él: lo es lo que está antes o después, lo que los ha determinado o lo que de ellos se deriva. El novelista, así como todos los que estudian y describen al ser humano en un sentido psíquico, y así como aquellos que tienen que juzgarlo alguna vez, como los jueces, se ha percatado de que lo importante del hombre es ahora, y lo ha sido siempre, su vida psíquica."

Por eso los personajes de Rojas, Aniceto Hevia en particular, piensan mucho, meditan, recuerdan, tienen "ideas disolventes", como escriben los periódicos burgueses,

pero no son culpables de ellas. Las han sacado de la vida y de los libros, como ocurre con todas las ideas. Las manejan verbalmente mientras llegan los días en que se puedan poner en práctica. ¿Cuándo? Son libertarios, rebeldes, individualistas, arbitrarios, enemigos de la disciplina y sienten olímpico desprecio por la política y por los políticos. Pero prima en ellos, como se advierte en casi toda la obra de Rojas, el sentido de la solidaridad humana. Y quizás sea este sentimiento, expuesto en distintas formas, explícito o subyacente, lo que da a los libros de este autor la universalidad.

El crítico Fernando Alegría ha sabido ver esto y en su obra *Literatura*

Chilena del Siglo XX, dice, a nuestro juicio con mucho acierto:

"... este mundo, hecho de una sola imagen básica y sostenido por un sentimiento de fraternidad entre los hombres libres y de amor esencial hacia la humanidad por encima de toda corrupción y de toda injusticia, constituye el aporte medular de Manuel Rojas a la literatura chilena. Lo que sobra en su creación y que no guarda relación con este mundo -algunos huasos, algunas leyendas- es marginal y de significado transitorio. La verdadera obra de Rojas está constituida por una larga narración autobiográfica - algunos detalles de la cual se esbozan en sus colecciones de cuentos, especialmente *El delincuente-*, cuyo

primer volumen es *Lanchas en la bahía*, en que se describe la temprana adolescencia de Aniceto Hevia; el segundo es *Hijo de ladrón*, donde florece en su amplia amargura la juventud de Aniceto y se dan a conocer los detalles de su infancia; el tercero es *Mejor que el vino*, donde el héroe descubre el amor a la mujer-amante, y el cuarto es *Sombras contra el muro*, reiteración del tema juvenil".

Diríamos que *Mejor que el vino* (el título está tomado de *El cantar de los cantares*: "¡Bésceme mi amado con los besos de su boca! Porque sus caricias son mejores que el vino"), en que se presenta la vida amorosa de Aniceto Hevia, sin duda con altura, marca la separación del binomio que formamos llevados por nuestra admiración: Gorki-Rojas. Bien, estaban separados desde antes, para ser exactos. Partieron juntos por los caminos, conocieron a los seres más aporreados por la vida y levantaron la bandera de lo que vale más en el hombre: el sentido y el ejercicio de la solidaridad humana. Pero los separó la concepción de cómo arreglar las imperfecciones del mundo; Gorki creyó que es preciso hacerlo a través de la organización y se unió a Lenin y los bolcheviques; Rojas pensó que la humanidad se arreglaría sin que intervinieran los políticos, los partidos, los gobiernos. Pero, en cierto modo, la vieja amistad era irrompible, porque tenía como denominador común la fraternidad entre los hombres.

En *Mejor que el vino*, que aunque es una novela que muestra con elevación y a veces desgarradoramente

amores y algún amorío entroncado en la picaresca, encontramos a Aniceto mezclado con algunas gentes muy distintas de sus viejos amigos, de los hombres con quienes se encuentra en las primeras páginas de *Hijo de ladrón*, al abandonar la cárcel.

En 1960 publica Manuel Rojas la novela *Punta de rieles*, en la que es visible una refinada elaboración técnica. Ya no aparece Aniceto Hevia, que ha terminado su ciclo con *Sombras contra el muro*, donde de nuevo se ven las preocupaciones sociales de los viejos días. En *Punta de rieles* el amor es también determinante. Se trata de dos historias paralelas, comenzando por la de un obrero que ha matado a su mujer y que se confiesa con un periodista. Este es un aristócrata que ha rodado socialmente a causa del alcohol. No hay un entrelazamiento a lo Faulkner entre ambas historias; mientras una es contada por su protagonista, el carpintero, la otra no sale de los labios sino que transcurre en los recuerdos del hombre que se ha desmoronado y ha perdido su posición, su fortuna y su familia.

Hay en esta novela una cualidad más, aparte de los valores de humanidad siempre presentes en las obras de Rojas: el tratamiento del lenguaje, la síntesis casi perfecta que ha logrado del habla popular, en la historia que cuenta el carpintero. ¡Qué distinto de las fotograffas del habla campesina que en su tiempo nos hacían tragar los criollistas!

A Manuel Rojas no le resultaba fácil la literatura, a causa de su

profunda conciencia y su concentrada seriedad de escritor. Tardaba en escribir sus novelas, sus cuentos y hasta sus artículos. Cuando en 1957 se le otorgó, con toda justicia, el Premio Nacional de Literatura, al recibirlo improvisó un breve discurso. Declaró que había pensado escribir una disertación y que no lo hizo porque ello le habría demandado por lo menos un mes.

Distintas tendencias literarias chilenas se lo disputaron, al advertir, desde sus primeros libros la categoría que encerraban. Cuando publicó *El hombre de los ojos azules* -que según dicen tenía cierta influencia de los *Bocetos Californianos* de Bret Harte, el libro que tanto encantó a Baldomero Lillo en su adolescencia- y más tarde los relatos de *Hombres del sur*, los criollistas sostuvieron ingenuamente que Rojas era uno de los suyos.

Cuando apareció, como folletín en un periódico de Santiago, su novela fantástica *La ciudad de los Césares*, que fue en realidad una de las primeras que escribió, inspirada en una leyenda que viene de los días de la conquista española, los imaginistas aseguraron públicamente que era uno más de ese grupo que se daba de trompadas con la realidad inmediata.

El tiempo demostró que no era ni lo uno ni lo otro. Porque la obra verdaderamente trascendente de Rojas, la que le valió nombradía internacional, se inicia solamente en la década del 50 con *Hijo de ladrón*. Y ni esta novela ni las que siguieron son criollistas ni imaginistas, como se ha señalado, sino de una tendencia



Manuel Rojas, María Baeza, Miveya Undurraga, Celmira Zañiga y Mariú Eugenia Rojas.

que se basa en el hombre más allá de sus acciones y sus palabras.

Entre los escritores más jóvenes, los que formaron la llamada generación del 38, que llegaron a la literatura en otro momento de gran efervescencia social en el mundo, en plena Guerra Civil Española, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial y cuando en Chile el Frente Popular conquistaba el gobierno, Rojas apareció como un maestro. Estos jóvenes que tenían el propósito de elevar al hombre por encima de todo, de estudiarlo y exponerlo en su integridad, individualmente como dentro del contexto social -digamos Reinaldo Lomboy, Oscar Castro, Fernando Alegría, Nicomedes Guzmán, Gonzalo Drago, Volodia Teitelboim,

Andrés Sabella, Mario Bahamonde, entre otros- consideraron a Rojas como un maestro, por sus claras ideas sobre la literatura y por las obras que las reflejaban. "Ideas son éstas" -dice Fernando Alegría en *Literatura chilena del siglo XX*- "que debieron hacer época en la literatura chilena. No fueron reconocidas de inmediato; al menos no lo fueron directamente. Sin embargo, mi generación, que sale a la palestra en año 1938, llevará en los oídos la voz de Manuel Rojas, el descontento: la voz del noblemente ambicioso, del preocupado escritor que, sin alardes, demanda sabiduría, hondura y universalidad en la creación literaria".

Manuel Rojas murió en 1973. Co-

noció el mundo viajando a pie, cuando podía hacerlo, y en avión más tarde. Visitó países socialistas y capitalistas y pudo comparar sus viejas ideas con la realidad y sopesar la forma en que unos y otros trataban a quien fue su preocupación fundamental en la vida y en la literatura: el hombre.

Recuerdos



Manuel Rojas con sus hijas Paz y María Eugenia.

Paz Rojas

Con el lanzamiento de *Antología autobiográfica* se iniciaron los actos de conmemoración de los cien años del nacimiento de mi padre, el escritor Manuel Rojas.

Nació el 8 de enero de 1896.

La Editorial LOM, una "empresa familiar" tal como ellos se definen

en su carta de presentación, me ha pedido a mí -que a pesar de mi edad sigo siendo la menor de mis otros dos hermanos, María Eugenia y Patricio- que haga algunos recuerdos de mi padre.

Seguramente me eligieron porque los conocí cuando regresé a Chile en 1981. En esa época ellos también volvían del exilio o tenían a sus

de mi Padre



Fiesta de cumpleaños, 1937. Sentados, entre otros: Nela Urrutia, Paz Rojas, Iris Urrutia, Luisa González, Mario Solo, Patricio Rojas, María Eugenia Rojas, Nora González. De pie, entre otros: Andrés Solo, Luis Alberto Romero, Ventura González, Eduardo Palma, O'Higgins Palma, Manuel Rojas, Eduardo Tischell, Mirrya Undurraga.

hermanos presos y no descansaban un solo día para realizar el trabajo que por ese entonces todos teníamos.

Cuando me lo pidieron, yo que durante todos estos años he sido tan hablantina contra la dictadura, enmudecí. ¿Qué decir de mi padre?

Le pregunté a mi hermana sobre lo

que ella quería que yo dijera. Se quedó largamente en silencio y se fue para adentro muy callada. Tal vez en eso es la más parecida a mi padre en su mundo de vivencias, recuerdos y reflexiones.

Mi hermano Patricio habló sobre él en Valparaíso cuando la universidad lanzó un breviario sobre una de sus obras. Mientras él hablaba, me

fui con Manuel caminando junto al mar por las caletas, por las playas, buscando piedras, siguiendo pájaros y miles de ensueños.

¿Qué decir de mi padre? Que era inmenso como exclamaba uno de sus mejores amigos, Luis Cuevas Mackenna, cuando lo veía venir, alto, firme como la cordillera, incommensurable.



María Eugenia Rojas, Saturnino Baeza y Filomena Serrano (padres de María Baeza), Paz Rojas, Patricio Rojas, Luisa González.

En estos días, por sus cien años de vida y de muerte, hemos reunido cartas, artículos, fotos. Y yo, en mi intento de búsqueda, he ido a hablar con algunos que lo conocieron y que aún viven: Rafael Agustín Gumucio, Marta Rivas, María Luz Huidobro, Lila Bianchi... Les pregunté poco, sólo los miraba, contemplando en ellos, en su transparencia, su humor, su alegría, a pesar de su vejez, a mi padre, con quien se emparentaban en su enorme lucidez y capacidad para mirar estos días.

Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. Los tres nos quedamos

huérfanos. El también. Antes de ese terrible acontecimiento tengo algunas imágenes de él. Quizás la más nítida sea, estar sentada sobre sus inmensos zapatos, abrazada a sus piernas. El caminaba con nosotros. Eran los primeros pasos nuestros por el mundo, pero más que nada por su mundo.

Mis hermanos mayores seguramente guardan muchos otros recuerdos, pero yo, no sé si lo imaginé años después o si realmente fue así, lo vi por el ojo de una cerradura mientras mi madre agonizaba. Es una visión imborrable la que tengo. El, sentado en su cama, la cabeza in-

clinada, las manos de mi madre en las suyas, lloraba. Mis hermanos me ponían cojines para que yo, al igual que ellos, los contemplara.

Después de esa muerte y de esa inmensa ausencia, nosotros tres nos volvimos sus auditores, sus críticos, sus consejeros, sus jueces, pero por sobre todo, sus compañeros. El nos consideró siempre sus amigos.

Volvía de su trabajo en las tardes, no sé si por esa época era aún obrero linotipista en la imprenta de la Universidad de Chile o era ya empleado de los *Anales*, de los cuales llegó a ser su director y, a pesar de nuestra escasa edad, nos contaba todo lo que había hecho en el día. Luego,



Manuel Rojas con su hija Paz, 1933.

antes de comer o mientras comíamos, nos leía libros que sólo a veces correspondían a nuestra edad -*El libro de las tierras vírgenes* o *Kim* pero las más de las veces, eran libros de Dostoievsky, Faulkner, Walt Whitman. No sé qué entenderíamos nosotros, pero él nos preguntaba, nos explicaba y lo más extraño era que también a veces nos pedía nuestra opinión.

En otras ocasiones nos contaba cuanto había ganado, y luego de hacernos decidir a quién le tocaba la ropa o los zapatos en ese mes, sacaba los billetes del bolsillo y los tiraba por los aires, para refnros,

para jugar; pero ahora pienso que quizás era para transmitirnos todo un mensaje. Y, ¡qué mensaje! El valor que él le daba al dinero. Y a pesar de que en esa época éramos pobres él daba en ese juego todo lo que para él significaba el dinero: sólo un mínimo medio para vivir la realidad de esta vida.

Construyó su casa con esfuerzos, la misma en la que hoy vivo con mi familia. Saltaba sobre los heridos mientras exclamaba: Esta pieza será para Patricio. Esta para Estercita y Anita. Anita, mi nana de infancia. Ester ya no está, se fue después de él, habiéndolo acompañado toda su vida.

A lo largo de los años nos hizo lectores, andinistas, esquiadores, conocedores de pájaros y flores. Durante meses, con sus manos pulió cristales para construir él mismo un telescopio para enseñarnos las estrellas y a través de ellas muchas cosas del mundo. Así fue la vida junto a él.

Estaba convencido que todos tenían su constancia y capacidad. No creía en profesiones ni en rangos. El, que sólo tenía cuatro años de estudios, llegó a ser profesor en la Universidad de Chile y de Literatura en Estados Unidos. Fue Premio Nacional. Por su cuenta estudió ade-



San Juan de Pirque. Entre otros, Patricio Rojas, Carmen Cuevas, Ricardo y Luis Guillón, Alicia Jerla, Paz y María Eugenia Rojas, Enrique Rogers y Manuel Rojas.

Foto lado derecho:

María Baeza, Manuel Rojas, Alejandro Urrutia, Amantina Baeza y el perro Dick, 1934.

más inglés y francés y muchas otras cosas más. ¿Cuánto sabría mi padre? No lo sé. Solos en las tardes, abrumados por las tareas lo llamábamos por teléfono para que nos ayudara. Tomaba el cuaderno de matemáticas, lo miraba y a poco volaba por los aires mientras nos decía: -Traigo un libro increíble, ¿les gustaría que lo leyéramos?

Se equivocó. No fuimos como él. Es difícil ser como él era. Más que un escritor, más que un profesor, fue un antropólogo en el amplio sentido de la palabra. Un hombre íntegro de estos tiempos.

Murió el 11 de marzo de 1973.

Lo habíamos acompañado, cuidado, engañado. La mañana del día en que murió había entrado a mi pieza; recostado en mi cama me pidió que fuera con él a Cuba cuando se mejorara. Estaba convencido de que allí surgiría un hombre como el que tantas veces soñó.

En su poema escrito a la muerte de mi madre *Deshecha Rosa* se define como un hombre "construido con elementos de timidez y de urgencia". Esa noche, tras la última inyección de morfina que yo le había puesto para que no sufriera, su inquietud de siempre apareció y me hizo una pregunta muchas veces oída por todos nosotros: "¿Qué estamos esperando?" Y se durmió para siempre.

Esa noche su poema *Gusano* se repitió una y otra vez en mi mente. El dolor me había traspasado como la enfermedad perfora el cerebro de un orgánico:

"Lo mismo que el gusano que hilara



su capullo

hila en la rueca tuya tu sentir interior.

He pensado que el hombre debe crear lo suyo

como la mariposa sus alas de color.

Teje serenamente, sin soberbia ni orgullo..."

Así era él, sin soberbia ni orgullo.

Lo hemos extrañado inmensamente: sus hijos, sus nietos y también sus bisnietos. Y los míos que están lejos. Pero muchas veces también hemos agradecido que mu-

riera al inicio de ese año. El terrible año 1973.

¿Qué habría hecho él durante los años de dictadura y en estos seis que llevamos, donde los valores han sido trastocados y es el dinero lo que cuenta?

¿Qué habría hecho Manuel Rojas cuando desapareció para siempre Fernando Ortiz, ese joven estudiante que a pesar de su firmeza política, tímidamente, mientras pedía la mano de su hija temblaba frente a mi padre quien por primera vez en su vida tal vez jugaba a ser juez? Nosotros, con mi hermana, muertos de la risa, los mirábamos ocultos tras una cortina...

¿Qué habría sentido Manuel Rojas cuando José Manuel Parada, el marido de su nieta mayor, Estela, a quien adoraba, fue masacrado?

¿Qué habría dicho mi padre cuando Pablo y María Luisa fueron expulsados de la Universidad y cuando más tarde Pablo murió? ¿Cuando mi hermana y yo con mis hijos, nos vimos obligados a salir al exilio?

¿Qué desesperación habría invadido a Manuel Rojas cuando Carmelo Soria, el marido de la hija mayor de su mejor amigo, González Vera, aquel que hacía nacer pájaros y cuerpos de los niños, fue asesinado!

¿Qué habría hecho él todos estos años? El, que exigía siempre la verdad, que sólo una vez nos castigó por mentir, porque luego nos enseñó el sentido exacto de esa palabra.

¿Qué habría hecho Manuel Rojas, cuando ese personaje, esos personajes del pueblo que amaba, a los cuales

describió en sus significados y esencias más profundas: obreros, vagabundos, campesinos, fueron perseguidos, encarcelados, torturados hechos desaparecer?

Con su imaginación, con sus palabras, Pinochet y todos los responsables habrían sido nombrados en sus escritos una y otra vez. Cientos de veces tal vez se habría preguntado: ¿qué nos pasa que nos han cambiado los sentidos de las palabras?

¿Qué habría hecho Manuel Rojas en un país donde la palabra reconciliación significa olvido? ◆

Un Grande del Siglo



Volodia Teitelboim

Habían pasado más de treinta años desde que el poeta José Domingo Gómez Rojas - que pronto moriría enloquecido por los palos - le aconsejó que se dedicara a escribir, cuando Manuel Rojas dio el gran golpe. Entonces era un joven que bajo el exterior huraño escondía al rebelde y un espíritu aventurero. Habrá que preguntarse si

fue aventurero por temperamento o por necesidad. La verdad es que le costaba mucho ganarse el pan. Pero la verdad mayor y más fuerte es que quería escribir y lo hizo sacando los argumentos de la vida.

Toda su obra es un autorretrato de su existencia y de la existencia de los demás. No saltó sobre sí mismo ni sobre su época. Los cuentos de la época inicial rinden inevitable tributo a las tendencias del momento, costumbrismo, criollismo, aunque siempre estampa sobre cada página el sello de su personalidad.

Fue un lector apasionado de ciertos escritores de su tiempo y supo que escribir es poner orden en el caos, dar forma al amasijo, extraer el pan del horno y mantenerlo caliente en la boca del lector.

La fase previa

En su *Breve biografía* cuenta que nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1896 y es hijo de Manuel Rojas Córdoba, santiaguino, y de Dorotea Sepúlveda González, talquina. Su niñez y juventud es de ires y venires entre Chile y Argentina. Más tarde se arraiga en la patria de sus padres y se hace chileno por raíz, permanencia y vínculos de toda clase, sin dejar de hacer escapadas nostálgicas a Buenos Aires.

Desde luego su escritura pasa por distintas etapas formativas. Cuando publica su última novela *La Oscura vida radiante* han transcurrido cincuenta años de su librito inicial *Poéticas*, editado en Mendoza en 1921. Su poesía de *Tomada del transeunte* (1927) con-

tiene sonetos y rimas, muy por detrás de la obra de un Neruda que ya a esa altura no sólo ha publicado *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Tentativa del Hombre Infinito*, sino que está escribiendo unas misteriosas y originales primeras *Residencias*. El cambio en su poesía se advierte en la plaquette de *Deshecha Rosa*, estremecida elegía por María Baeza, donde el flujo del sentimiento se libera de toda amarra retórica.

Adelanta más en la prosa que en la poesía. En *El Delincuente* (1929), en sus novelas breves de *Travesía*, en sus cuentos todavía paga impuesto a ciertas modalidades de época, pero poseen reciedumbre, la potencialidad de un narrador de garra.

Lanchas en la bahía (1932) hará veinte años antes un preanuncio de *Hijo de ladrón*. Toda su producción tiene por trasfondo la vida en la calle, en el trabajo, en la vagancia, en la pobreza de un niño cuyos estudios formales no fueron más allá de la cuarta preparatoria en una escuela bonaerense y de un joven cuya existencia tiene muchas semejanzas con la de Máximo Gorki y el resultado al menos en una primera etapa se asemeja en algún sentido.

Lanchas en la bahía es como el preámbulo a un segundo acto de su creación. Se trata ya de una verdadera novela, nutrida por prisiones y lecturas como *La Conquista del Pan*, escrita por el príncipe Kropotkine, un ídolo de la juventud ácrata.

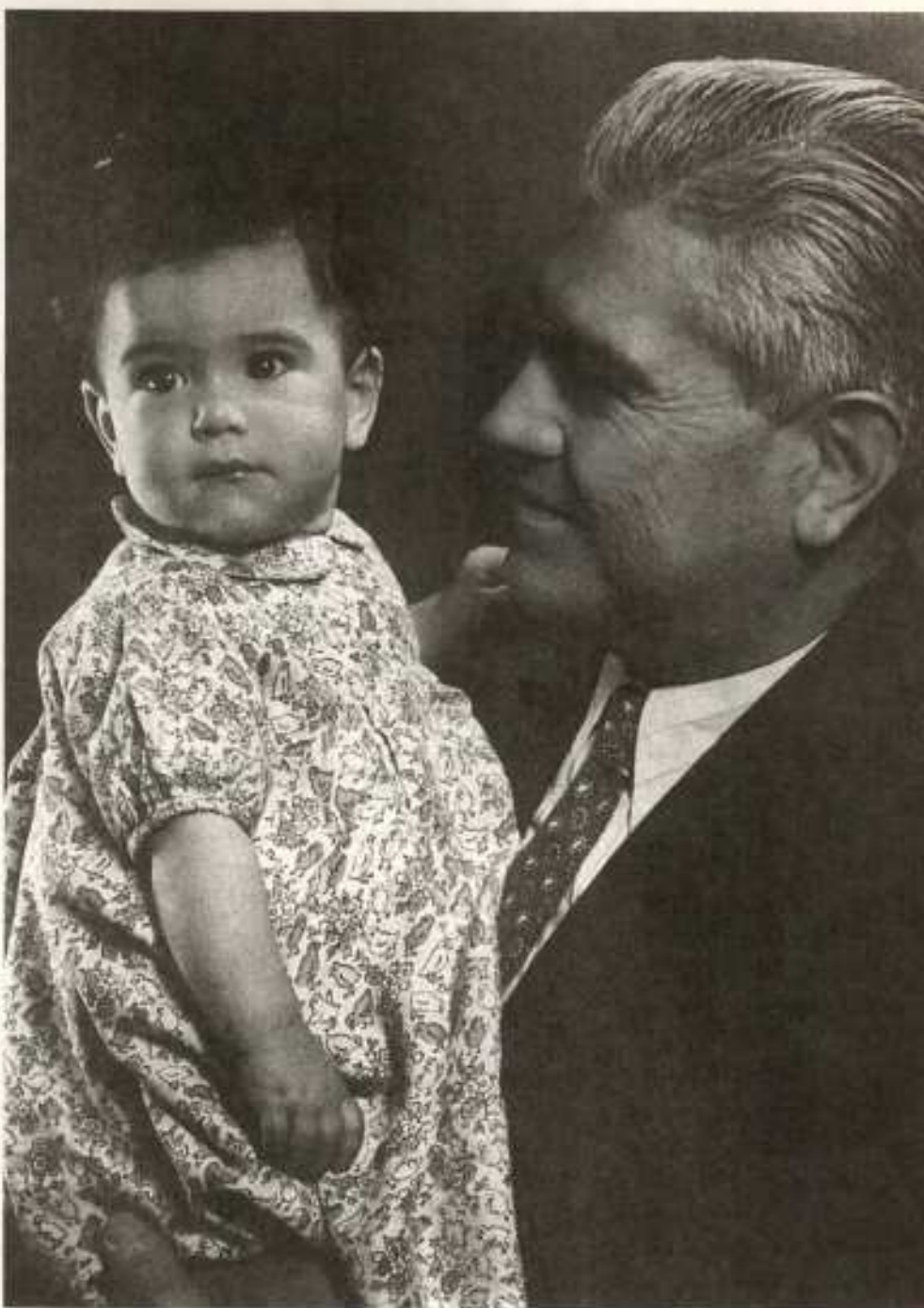
Conste que entre 1938 y 1951 no publica ningún libro. Hay que preguntarse por qué. Habrá que atribuirlo a circunstancias hostiles, múltiples adversidades, problemas personales. Curiosamente el año en que triunfa el Frente Popular comienza un largo silencio. Durante ese período aparentemente calla, pero por dentro se está gestando la aparición del novelista maduro. Es muy revelador que no escriba sobre lo que está pasando a su alrededor en ese momento sino que rememore las dos primeras décadas del siglo.

Las claves de la vida y de la obra

Su *Antología autobiográfica* (Lom, 1995) es un texto esclarecedor porque allí, hablando de su obra, libro por libro, la coteja con su vida. Por un lado nos permite conocer alternativas de su existencia concreta y, por el otro, nos revela cómo ella fue la materia prima de su escritura.

De algún modo vamos reconociendo los pasos del hombre que observé durante años, cuando él trabajó en las Prensas Universitarias. Diariamente lo veía caminar por los grandes patios de la Casa Central para salir y regresar al taller. Al concluir la jornada llegaba a buscarlo una mujer pequeña, en total contraste con el gigante, y tal vez por eso mismo unida a él por la atracción de los polos. En las tardes solía ver partir a Manuel Rojas acompañado por María Baeza. Saltaba a la vista que se amaban. El matrimonio se celebró el año 29.

El 23 de agosto de 1936 murió María Baeza. Así el hombre grande quedó viudo, a cargo de tres niños pequeños. La mayor tenía siete años. Todo se desbalanceó en ese hogar por la falta de la madre. Hubo mayores apreturas domésticas porque faltó también el sueldo de directora de escuela de esta mujer que escribía versos, que yo leí por primera vez en la Antología que publicó Rubén Azócar. El viudo necesitaba hacer un doble o un triple trabajo para equilibrar el presupuesto. Fue a ver a un argentino, que era un dínamo y había creado en Chile la Editorial Ercilla, la cual lanzaba libros a destajo en formato rústico y a precio reducido. Laureano Rodrigo fue directo al grano: «¿cuánto quiere ganar?». Quinientos pesos- respondió Manuel Rojas. -Hecho- dijo Rodrigo, que guardaba un montón de traducciones sin publicar, de cuya pulcritud y rigor desconfiaba. Les había echado una mirada y descubrió, por ejemplo, que en una obra de André Malraux la expresión «cheval de fer» no se traducía por ferrocarril sino por caballo de hierro. En esto tenía que ver un frenético activista de la pluma, el escritor peruano Luis Alberto Sánchez. Como abarcaba tanto, contaba con un equipo de traductores negros o fantasmas, generalmente estudiantes primerizos que traducían a matabalho, en cualquier forma. En ese infierno de las traducciones a la diablo tuvo que ingresar el corrector Manuel Rojas. «Durante algún tiempo -recuerda- vagué por un mundo de locura... me sumergí en el maremagnum». Llegó un instante en que ya no pudo más



Manuel Rojas y su nieta Estela Ortiz.

y cambió esa labor por un cargo de redactor en Las Últimas Noticias, donde debía entregar tres artículos semanales. El salario era magro y la economía familiar hacía agua. Necesitaba otro suplemento. Alguna vez lo vi desempeñando el tercer empleo. No dejó de impresionarme. Manuel Rojas estaba detrás de unos barrotes. No era Aniceto Hevia preso sino un vendedor de cartillas en el Hipódromo Chile. (También por ese tiempo divisé muchas veces detrás de unas rejas a Alberto Romero. Tampoco estaba en prisión sino cumpliendo sus labores de cajero en el Crédito Hipotecario. Siempre tenía cara de sueño porque todas las noches salía a pesquisar personajes para sus novelas en los barrios bravos. Con frecuencia se acostaba de madrugada y concurría, con el sueño vivo, puntualmente a cumplir la tarea burocrática).

En los días de carreras Manuel Rojas tenía que afrontar la vociferante muchedumbre de los apostadores que gritaban los nombres de sus caballos favoritos, alguno de los cuales se pronunciaban de cualquiera manera. La fantasía onomástica hípica no tiene fin y no se exigía exactitud fonética. Alguna vez un colega que atendía las mismas funciones en otra ventanilla se quejó de ese trabajo aplastante. Su interlocutor le dijo: -no eres el único. Un poco más allá está Manuel Rojas, «calladito vendiendo cartillas». El que reclamaba era Juan Barros, autor de novelas significativas, como *El Zapato Chino* y *María la Grande*. El diálogo entre los dos novelistas vendedores de

cartillas tras las rejas fue económico -«usted también aquí, compañero? -qué quiere que le haga». Esto habla sobre la condición de muchos escritores en el Chile del siglo XX. Generalmente las cartillas se vendían los días sábados y domingos. Algún benefactor de la literatura con influencia entre las autoridades de los hipódromos recomendaba escritores para ese trabajo. Por supuesto no rendía lo suficiente. Juan Barros editaba sus libros a costa de su bolsillo y luego los vendía en las estaciones, en los trenes. No superaba con todo, la peregrinación de Pablo de Rokha autoeditándose, trasladando maletas de plomo, cargadas de volúmenes, a través de todos los pueblos, las calles y los campos de Chile para poder sobrevivir.

Manuel Rojas trabajó tras las ventanillas con barrotes 16 años. Cuando jubiló (hizo el recuerdo el 6 de octubre de 1961), recibía como pensión 7 escudos mensuales. Mientras estaba allí escuchando alaridos, vocear los nombres más inverosímiles de potrillos y yeguas pensaba que tenía ganas de escribir. Por las noches lo hacía. Observó las nuevas páginas con cierto distanciamiento asombrado. Había una evolución en su estilo. «De dónde había sacado esa manera de escribir? ¿Dónde la había aprendido? ¿Por qué había cambiado tanto? ... Me di cuenta que tenía la tendencia a examinar las cosas, los seres y los hechos de una manera diferente a como lo hacía antes. Antes simplemente los presentaba, los describía, sin estilizarlos, sin examinarlos, sin sacarles todo el

valor que tenían». Dicha reflexión permite ahondar en la singularidad que logra la creación de Manuel Rojas sobre todo a partir de *Hijo de ladrón*. Me parecen muy valiosas sus reflexiones sobre la mudanza que experimenta su escritura. Partiendo de la realidad que está viviendo, la interioriza, alcanzando una visión más completa no sólo del proceso literario sino de la atmósfera interior. «Más que la descripción de los hechos me interesaba la sensación que producían... buscaba color, sonido, significación, densidad o sensibilidad, creando con todo un clima». En su introspección el autor se explica el cómo de esta nueva forma de escribir. Se va descubriendo a sí mismo, reconociendo vetas suyas que le habían permanecido ocultas, que estaban silenciosas en el fondo de su ser. «Descubrí que el resultado estaba de acuerdo con mi modo natural de pensar, de divagar, de reflexionar y de recordar».

El patiperro

Quería ir a Chile. La compañía del Ferrocarril Trasandino, para la cual trabaja, le niega el pasaje. ¿Qué hacer? «Obrero como yo, aunque allí no fui más que un peón. Si iba a caminar 165 kilómetros, ¿por qué no caminar 75 más y llegar hasta Los Andes? Necesitaba ganarme la vida y tanto me daba hacerlo en la Argentina como en Chile...». Solía dormir en el suelo. Erró de un conventillo a otro, leía como un condenado. Por esos años comenzó a escribir. Se relacionó con gente de teatro. Ingresó a



Entre otros: María Baeza, Manuel Rojas, Aurea Salces, su secretaria.

compañías de muertos de hambre y al «Círculo de los Siete», que publicó dos números manuscritos. El copista -recuerda- fue González Vera.

Durante sus bajadas a Mendoza un amigo le prestó libros incendiarios. Se sintió anarquista. Mandó correspondencia a un diario anarcosindicalista de Buenos Aires. Trató con toda clase de hambrientos de pan y justicia.

Un escándalo

En 1951 al leer *Hijo de ladrón*, tuvimos la impresión que se había escrito un capítulo nuevo en la novela chilena. Manuel Rojas, entre

otras virtudes, revelaba coraje. ¿Por qué? Porque el libro daba la impresión que Aniceto Hevia era Manuel Rojas y su padre, el ladrón. (El título mismo equivalía a un acierto. Después supe que originalmente tenía otro nombre, *Tiempo irremediable*. El editor lo objetó por juzgarlo demasiado abstracto. Fue Enrique Espinoza quien, conociendo el texto, le propuso denominarlo *Hijo de ladrón*). El libro da una sensación convincente de autenticidad. Lo asociamos a cosas conocidas de Manuel Rojas, que nos hicieron creer en la identificación entre autor y personaje. Bueno, el hombre era tan verídico y valeroso que no vacilaba en reconocer la riesgosa profesión pater-

na. Creo que muchos lectores incurrieron en el mismo error. En su *Antología autobiográfica* Manuel Rojas nos saca de la equivocación. Explica que el personaje, si bien corresponde a un ser real, no es su padre, quien murió muy joven, al parecer consumido por el alcohol. El modelo literario lo compone a partir de un vecino en la casa del Barrio Boedo, donde él vivía con su madre. Tres habitaciones contiguas estaban ocupadas por una familia de la cual se hicieron amigos, entre otros motivos porque la mujer era chilena. Tenía cuatro hijos. El padre, de nombre Aniceto, alias «El Gallego», era un ladrón nocturno. Se enteró de ello un día en que la policía se llevó detenida a toda la

familia, excepto a Aniceto, que estaba ausente. El niño no se espantó ante el oficio del vecino; por el contrario, le causó admiración. Configura la imagen de Aniceto y de su hijo Luis, introduciendo vivencias personales del autor cuando era niño. El trasvasijamiento, el intercambio de rasgos, fusiones entre vida y novela y la recreación de identidades a partir de caracteres derivados de personas diferentes se convierte en un elemento básico para su construcción del tipo literario.

En un momento, extrayendo recuerdos a manos llenas, se pone a escribir la novela con una pasión y un impulso interior incontenibles. Lo hace en su casa y también en Isla Negra, al amparo de Pablo Neruda y del músico Alfonso Leng. La terminó a fines de 1950, coincidiendo con un llamado a concurso, al cual se presentó. Se sabe lo sucedido. La decisión generó un sonado escándalo literario. Su libro fue desestimado como «obra procaz y sólo proyecto de una novela». Llama la atención que en el jurado hubiera dos novelistas significativos, Eduardo Barrios y Alberto Romero. El tercero era un poeta que se vestía de poeta, Carlos Préndez Saldías. El veredicto favoreció a *Infierno gris*, de Joaquín Ortega Foch. Alone puso el grito en el cielo. Mandó *Infierno gris* a las parrillas de Lucifer y ridiculizó la decisión del jurado. Carlos Préndez Saldías, caballero de otro tiempo, lo retó a duelo. El desafiado contestó con una risotada. Pero el asunto era más serio. La novela fue rechazada por Zig Zag a través del poeta

español José María Souvirón. Cuando Nascimento la publicó el lector estuvo en situación de juzgar y la tempestad arreció.

Realismo psicológico

Doblando la curva de la segunda mitad del siglo XX la publicación de *Hijo de ladrón* señaló un acontecimiento. Por la vía silenciosa de una narración diferente se había escrito en Chile una obra que absorbía de modo orgánico, a través de una creación profundamente original, el sentido de la revolución novelística. Algunos hablaron de William Faulkner, otros citaron a James Joyce. No faltó alguien más exquisito que mencionara a Marcel Proust, aunque el camino de Manuel Rojas fuera el revés del camino de Guermantes o de Swann. Lo que tiene de común con ellos es la actitud de libertad, la incorporación fluida de la corriente de la conciencia, el monólogo interior realizado con toda naturalidad. Es una creación muy personal, nutrida por la historia del autor, por sus andares entre Argentina y Chile. Por cierto sus cien faenas de pobre no tienen el brillo de los trabajos de Hércules. Corresponden a un hombre que viene de abajo, siempre urgido, sometido a cuanta prueba deben afrontar los que nacen en cama de palo. Es un realismo psicológico que pasa por la vida de todos los días y se interioriza, expresando -como Proust en otra galaxia- la memoria lúcida y la memoria de la subconciencia, transmitiendo el recuerdo de las sensaciones, el valor de los gestos, de los

silencios y los olvidos. Es la mirada interior, es la mente conjugando meditaciones, sueños, interpretaciones múltiples, dichas con una desenvoltura coloquial sorprendente. Hay una inocencia fundamental en la forma de contar. Todo adquiere legitimidad estética en la conversación del hombre con su yo y con su mundo. En el fondo es un diálogo con los otros. Los demás son a veces sus compañeros de odiseas y labores, algún confidente de sus intimidades, muchas veces vagabundos, gente marginal, delincuentes. En este clima áspero, del cual no se excluyen las muertes, los carcelazos, suele brotar también la fraternidad de los desamparados, de los tristes, los rateros de la calle, la fauna de la noche, moviéndose, actuando, soñando, sufriendo a ambos lados de la cordillera.

Hijo de dos países y transeúnte de dos lenguajes

La vida parece atarlo a dos patrias. Ambas tienen factores comunes. Las peripecias de la existencia difícil allí y acá proyecta su sombra sobre su vida azarosa. A ambos lados tiene que enfrentar el desafío precoz de ganarse la vida, de hacerse hombre en ambientes duros. De esas experiencias extrae más tarde la substancia del hombre que está mirando al hombre, incluso a sí mismo con un ojo fino y penetrante.

Todavía tenía que descubrir un sentido más hondo de la literatura,



Entre otros: Alberto Romero, Roberto Aldunate León, Norberto Pinilla, Olga Acevedo, Matilde Ladrón de Guevara, Renato Silva Valenzuela, Silvia Thayer, Amanda Labarca, Alberio Gerchunoff, Marta Brunet, y Manuel Rojas.

convertirse en hombre rana, dedicarse a la pesca submarina. Para ello, así como pasaba de un lado al otro de los Andes, debía también pasar al otro lado del lenguaje, a la introspección psicológica. Siguió trabajando con su historia y con la historia ajena. De la masa informe de la experiencia tenía que extraer un texto inteligible. De las vidas múltiples debían surgir tipos literarios; del fondo del subterráneo tenía que transportar a la luz del día los secretos de la subconciencia, soltar, mostrar sus demonios.

Tal fue su contribución esencial, una nueva calidad que aportó a la novela chilena. Cortó cadenas. Le dio libertad. Una libertad controlada. La elucubración mental gira en torno a un centro de gravedad,

pero estableciendo un orden enriquecido, una estructura polimorfa, que puede ser a la vez loca y congruente. Va descubriendo la novela abierta a todo, pero no puede ser caótica ni desconstruida. Tiene que articular la unidad entre personaje y mundo, entre fondo y forma.

Novelas como simas y cumbres

De tanto atravesar la cordillera se acostumbró a ella. El magnetismo de las cimas sugiere no sólo la imagen de mastodontes de piedra sino también de esas novelas cíclicas, que son montañas de experiencias, un espacio telúrico no exento de sismos, un mundo humano sacudido por temblores internos. En su

faena literaria las cumbres sucesivas asoman en ésta segunda etapa cuando, tras *Hijo de ladrón*, prosigue la marcha hacia *Mejor que el vino* (1958), *Punta de rieles* (1961), *Sombras contra el muro* (1964), *La Oscura vida radiante* (1971).

Alone festejó en él cierto indiferentismo social. Recalcó su ausencia de tono discursivo y de didactismo. Privilegiando la forma, no subrayó el fondo del fondo, el meollo substancial, la composición y signo de su humanidad. Celebrando la falta de arena no advirtió algo que recorre toda la columna vertebral de su obra: un compromiso implícito con los marginales. Fue uno de ellos. Tal vez indujo a error al crítico, aparte de cierto prejuicio personal de carác-

ter político, la calidad de la lengua, donde nada suena a manifiesto, donde no enturbia la pureza de la palabra ningún término extraño a la obra de arte. Sus personajes pertenecen por regla general a la multitud abigarrada y sufriente, diversa y compleja que se agrupa con nombre difuso bajo el vocablo «pueblo». Para Manuel Rojas no se trata de masa sino de seres individualmente diferenciados, en que ninguno es igual a otro pero todos tienen en común riesgos y dificultades, el vivir situaciones lindantes con la miseria y a veces con el delito. Retrata con foco profundo ese ambiente. Porque era el suyo y compartía sus sueños. Quería ser un hombre libre. Lo guiaba un sentido moral. Estuvo siempre a la izquierda. Mantuvo su utopía. Nunca dobló el espinazo ni como hombre ni como escritor.

La poesía como elemento copulativo

En la literatura chilena de la segunda mitad del siglo XX hay pocas novelas que como *Hijo de ladrón* condensen de modo tan auténtico, con tanta delicadeza, realidad e introspección, forjando un cuerpo narrativo tan ceñido, compuesto por un tejido compacto de hechos y reflexión, la humanidad y fantaseo de un hombre, para el cual la conversación externa y cotidiana va de la mano con el monólogo interior. Así se enhebra el diálogo de los contrarios, se abre la puerta a la integralidad del ser visible e invisible. En su prosa siempre la

poesía será elemento copulativo. La carga muchas veces violenta de los hechos, la vida agresiva nunca borrará el entramado de las ensoñaciones, el divagar constante del que habla consigo mismo.

La nave de los locos

Manuel Rojas, abriéndonos la puerta a su cuarto de trabajo, revela en forma muy precisa cuál parte de ella es préstamo de su autobiografía y cuál es hija de su imaginación. Aprovecha sus propias prisiones como substancia novelesca. Recuerda que en aquel tiempo estuvo detenido dos veces. En una compartió el calabozo con el autor de la letra del *Canto a la Pampa*, que no es Carlos Pezoa Véliz -como creyeron algunos- sino el poeta anarquista Francisco Pezoa. Permanecieron cinco días encarcelados y no lo tomaron a lo trágico, entre otras cosas porque convivieron en la misma celda con un chino acusado de estafa que recibía grandes viandas y no comía, responsabilidad que asumieron los dos poetas. En prisión mataron el hambre y contrajeron la sarna.

Hijo de ladrón causó sensación en círculos de lectores exigentes y convenció al autor que debía seguir inspirándose en su propia vida y en el mundo que conocía, desarrollando el propósito de trazar una amplia parábola cíclica, que culminó con una tetralogía y fue finalmente aún más lejos.

Se puso a la tarea, pensando que no podía demorarse tanto tiempo en escribir la nueva obra como le tomó

Hijo de ladrón. Se había convertido en un escritor de resuello largo que calculaba sus libros por años y se dijo que bastarían tres para dar cima a esta segunda novela. Recordó que se demoró casi cinco. La interrupción se debió a su trabajo en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Allí fue profesor en la cátedra de Redacción y Estilo. Convencido que no sabía nada de gramática, se puso a estudiarla. Pero la novela abandonada le recordaba la conciencia y volvió a ella.

El tema y el ambiente es distinto. Tiene mucho que ver con las pellejerías de los sufridos cómicos que hacen reír y llorar a los públicos provincianos, viviendo toda la picaresca del necesitado. Los alucina entrar en contacto con el público, recibir aplausos y a veces pifias. Es el delirio de los artistas de circo o de teatro que van de pueblo en pueblo para hacer su función. Van detrás de un sueño que suele transformarse en pesadilla. En esa nave de los locos se embarcó.

Salomón dijo que era «mejor que el vino»

Manuel Rojas recuerda que cuando anunció en Buenos Aires que se volvía a Santiago su madre le preguntó ¿qué vas a hacer a Chile?-. «Voy a ser Presidente de la República» -contestó. Con el tiempo llegó a ser presidente (sin sueldo) de la Sociedad de Escritores, pero antes se instaló por años en empleos inclementes y también en la concha para soplar a los actores



Profesores e intelectuales de Valparaíso. Entre otros: Claudio Solar, Guillermo Quiñones, Modesto Parera, Carlos León, Rogelio Vera, Luis Vega, Manuel Rojas y José Santos González Vera.

sus parlamentos. Asistí en mi infancia a funciones de compañías en que Manuel Rojas no se veía, a pesar de su estatura, porque estaba haciendo su faena de apuntador en la parte subterránea del escenario. Así como los cómicos de la lengua recorrían los pueblos de España en la temporada de Semana Santa con piezas truculentas sobre la crucifixión de Cristo, aquí en Chile lo hacían explotando el tema patriótico, por ejemplo, «El Fusilamiento de los Carrera» o «Manuel Rodríguez». Aunque un escritor está siempre atento al nombre de los autores, nunca supo quienes eran.

Ahora pienso que Manuel Rojas, de quien entonces nunca había oído

hablar, estaba sumergido como consuetudine de la compañía dirigida por un cómico muy gordo y muy famoso en aquella época, Evaristo Lillo. Creo que fue la única función que durante mi niñez presencié desde un palco, entregado a un tío porque todo lo que había en escena había sido prestado graciosamente por su tienda «La Campana». A la luz de la *Autobiografía* descubro que Virginia, una figura central en *Mejor que el vino*, es Dalila Barrios, la mujer de Evaristo Lillo. (Aniceto dice a Blanca que «Virginia lo mira mucho. ¿Por qué? ¿Para qué? Le gustarás, contesta ella»). Fue su amante. De esta manera se unen en la memoria los actores que yo vi esa

noche con Manuel Rojas y su novela. Ello habla de cómo vida y ficción se amalgaman y pasan a tener una existencia única.

La influencia de «El Delator»

Mejor que el vino es una novela sobre su juventud y primera madurez dominada por la búsqueda amorosa. Todas sus novelas posteriores corresponden a la línea fijada en *Hijo de ladrón*. Permiten asomarse a lo que pasa por dentro del hombre. Esta es una característica de la segunda fase. La novela se alimenta de la vida y de lo que el protagonista piensa sobre ella.

Punta de rieles ahonda en la historia de un hombre que acaba de matar a su mujer. Parte de una primera confesión del asesino. Después Manuel Rojas arma el puzzle a su manera. Aprende sin duda de las novelas contemporáneas que lo han impresionado. Habla con entusiasmo de *El delator*, escrita por el irlandés Liam O'Flaherty.

Nunca ninguna novela -dice- me ha impresionado tanto por su contenido y su forma ni nunca ninguna influyó tanto sobre mí; nunca tampoco un personaje novelesco, Gypo Nolan, me ha subyugado tanto... He leído, con seguridad, antes y después, mejores novelas, aunque ésta es, a mi juicio, bastante buena, pero ninguna me dio, con tanta evidencia, una imagen de lo que llegaría a ser la novela nueva; el tratamiento del tiempo, la relación entre pensamiento y acción, el desprecio por los detalles, el mantenimiento de una tensión mental, la robustez de la prosa, el sentimiento de humanidad, me dejaron admirado y entusiasmado. Tal vez por eso, ...me puse a escribir inmediatamente. (Manuel Rojas. *Antología autobiográfica*. Ediciones LOM, Santiago de Chile, 1995, pag 57)

Manuel Rojas está siempre aprendiendo de los otros para escribir una obra personalísima. Pero tiene suficiente sinceridad para decirlo con franqueza total.

Alguna vez Waldo Frank dijo que Manuel Rojas era «el andariego Sherwood Anderson de los Andes, que ha hecho poesía con lo más real y lo más prosaico». Efectivamente sus cuentos tienen algo de las histo-

rias de Winnesburg, Ohio, pero con la distancia que supone escribir sobre un pueblo de Estados Unidos y las aventuras de un muchacho que cruza a pie la cordillera.

El censor pone condiciones

Su última novela, *La Oscura vida radiante* salió publicada en 1971 en Buenos Aires por Editorial Sudamericana. Filebo cuenta que se preparaba la edición chilena en Quimantú cuando vino el golpe militar. El censor frunció el ceño al leer: «cuando piden, no piden gran cosa; pero siempre se les niega; cada huelga cuesta días, semanas, meses y a veces los milicos matan a algunos huelguistas. Los mataron en Iquique y los volverán a matar cualquier día». El censor quiso negociar la publicación. Propuso a los hijos que si se eliminaban pasajes como éstos el libro podría aparecer. Le dijeron: No. Se publicó once años después, en medio de un silencio muy bien organizado. Es un libro que retrata el hervidero político, social, intelectual del año 20. Allí está Aniceto (Manuel Rojas), viviéndolo «sin comprenderlo del todo». Contiene vívidos retratos de figuras legendarias de aquella juventud. Juan Gandulfo, Santiago Labarca, José Domingo Gómez Rojas, González Vera.

Lo recuerdo en julio de 1954 hablando en la Biblioteca Nacional sobre «La soledad en Pablo Neruda». En ese momento él no parecía estar tan solo. Lo acompañaba

Julienne, «la gringa», una estudiante norteamericana que en una universidad de su país se enamoró de su profesor chileno y se vino con él a Santiago. Diez años más tarde solían conversar conmigo en el Senado. Seguía padeciendo problemas económicos a pesar del Premio Nacional. Yo tenía en consideración otro Premio Nacional, cuya situación era más desoladora, la de Fernando Santiván. Su pensión fue aprobada no sé exactamente si días antes o días después de su muerte.

Manuel Rojas era un andinista no diremos fanático pero sí fervoroso. Como tuvo algo que ver con la construcción del ferrocarril transandino, la descubrió con todo el cuerpo y toda el alma. Sólo un gran caminador pudo escribir un libro que se llamara *A pie por Chile*. Como era ecologista sensible, junto con González Vera se lanzaron a la búsqueda de la alstromeria (una especie de orquídea chilena). No encontró la flor hasta que compró un sitio en El Quisco.

¿Por qué no fue un novelista argentino?

Ese amigo suyo procedente de Buenos Aires, el escritor Enrique Espinoza, que vivió varios años en Santiago, donde creó y dirigió la revista Babel, lamentó en algún momento que Manuel Rojas no se hubiese quedado en el país donde nació. Planteó o sugirió la hipótesis de un Manuel Rojas novelista argentino, idea que no pertenecería del todo a la literatura fantástica. Tal vez no sería sustancialmente



Dr. A.M. Rotlibauer, traductor de Manuel Rojas al alemán, 21 de enero de 1956.

distinto del Manuel Rojas novelista o cuentista chileno. Desde luego habría diferencias pero, más allá de especulaciones, es la vida la que moldea el destino de los hombres. En Manuel Rojas simplemente lo que se llama en lenguaje jurídico el derecho de la sangre fue más fuerte que el «jus soli». Durante los primeros veinte años a menudo se le vio cruzando los contrafuertes. Aunque más tarde se afincó en Chile, Argentina es parte de su aventura. Volvió a la tierra de sus padres no tanto por afecto filial ni por patriotismo, que no lo tuvo en absoluto, sino porque sintió que el arraigarse en un país no lo decide siempre el lugar de nacimiento sino lazos que se contraen y amarran a un hombre para siempre.

Enrique Espinoza vuelve a preguntarle: ¿por qué no te quedaste en Buenos Aires? ¿Por qué no fuiste un escritor argentino? Manuel Rojas contesta: «si hubiera caído al café donde ustedes se reunían con Horacio Quiroga, probablemente me habría quedado un buen tiempo». No decía esto porque Quiroga admirara algunos cuentos suyos, por ejemplo *El Vaso de leche*, sino porque para él era un maestro del relato.

Gigantones

Manuel Rojas y Francisco Coloane pertenecen a la estirpe de los narradores que han vivido en duro la aventura de existir y se ponen a escribirla reciamente. Uno como descubridor del mundo en los barrios marginales de Buenos Aires,

Santiago o Valparaíso; cruzador impenitente de la cordillera; el otro, auténtico hombre del Extremo Sur, como tantos chilotes se hace magallánico, navegante del Estrecho, del Cabo de Hornos y de la Antártica y trabajador de las estancias fueguinas. Manuel Rojas tiene catorce años más pero se entienden. Como le lleva tiempo adelantado en el oficio de escribir le da al joven Coloane consejos certeros, que nunca caerán en saco roto. Con esas vidas otros hubieran sucumbido atrapados en la novela de tesis y el discurso panfletario. Manuel Rojas convivirá con los ladrones, los vagabundos, los seres periféricos y antisistémicos, con los que están fuera. Coloane en la punta austral del mundo hará lo propio, con su mundo de ovejeros, capadores de ganado, hombres de las esquilas y de las grandes soledades, sin excluir los prófugos de la justicia, pobres diablos con cuentas pendientes u osados e implacables conquistadores de los últimos espacios, que mezclan la crueldad con la imaginación delirante y la codicia infernal, al estilo Propper. En ambos la narración se hace grande y profunda, porque en ambos todo es vida en movimiento, hechos que agrandan o conspiran contra la condición humana, en combate abierto o desesperado contra un destino que no tiene piedad. La voz interna del escritor es la voz exterior del mundo colmada de reflexión, penetración psicológica, descubrimiento del ser que cavila, odia, ama, mata o muere luchando contra los elementos, cayendo o levantándose en el due-

lo del hombre contra el hombre y del hombre consigo mismo.

Un profeta a pesar de sí mismo

El hilo conductor es la primera persona singular. El narrador Aniceto Hevia sabe desde niño que lo persiguen el león, todas las hambres, que lo esperan todas las peripecias del que nació descalzo. Llega a pensar que «hay muchos hombres y mujeres dados de baja». Así oía monologar al Filósofo. Eran interminables conversaciones entre ladrones.

Si se ha dicho que la vida es la historia de una búsqueda, también lo es la novela, sobre todo si ahonda en el análisis de la vida interior. Es lo que hace Manuel Rojas especialmente en la segunda parte de su trayectoria. No excluye el humor negro, la ironía sombría. Casi siempre el personaje es una recreación de rasgos provenientes de diversos individuos condicionados por fenómenos, situaciones reales, sentimientos colectivos. Desmintiendo a aquellos que hablan de su neutralismo, es siempre novelista de la gente de abajo. De allí viene y nunca dejará de sentirse uno de ellos. Nunca empleará un frase de mitin, pero jamás abandonará a los suyos. Si su obra posee un tácito fondo ético, la verdad es que siempre lo expresa como un valor estético.

Siendo muy amigo de Salvador Allende, ingresó en 1951 al Partido Socialista. Pocos días después su dirección resolvió apoyar a Carlos Ibáñez como candidato presiden-

cial. En el acto Manuel Rojas mandó su renuncia. Allende tampoco aceptó el respaldo al antiguo dictador. 22 años después acompañó a Manuel Rojas al cementerio. Y seis meses más tarde también él murió en una Moneda arrasada por los bombardeos de la Fuerza Aérea. El final tiene un sentido trágico y un tanto épico. Manuel Rojas, que nunca se las dio de profeta, había pronosticado que las matanzas volverían. ♦



Estampas
y
Testimonios
de
Almanaque

Deshecha Rosa

I

Construido con elementos de timidez y de urgencia,
de pasión y de silencio;
a través de ganzúas y de ladrones hábiles,
acompañado de anarquistas perseguidos por la policía
y de cómicos que morían sin éxito en los hospitales;
entre carpinteros de duras manos y tipógrafos de manos ágiles;
soñando en la cubierta de los vapores
y en los vagones de carga de los trenes internacionales;
con muchos días de soledad y cansancio,
sin lágrimas, con los zapatos destrozados,
por las calles de Santiago o de Buenos Aires;
ganándome la vida y la muerte a saltos,
como los tahúres o los rufianes;
cultivando, sin embargo, una gran rosa ardiente,
decidido y vacilante,
llegué donde tú me esperabas con tu ardiente rosa.
No traía sino mi don de hombre,
mi pequeña gracia de narrador
y tres abejorros con hambre.



II

Apretada e intacta, construida
con elementos de lentitud y de ternura,
tú venías,
empujada por los vientos de Valparaíso
y a través de los cardúmenes de su bahía.
Por entre los álamos del Aconcagua
y tinajas hirviendo de dulce chicha,
acompañada de campesinos con las barbas mojadas de garúa
y huasos de ojos verdes, que cultivaban la poesía:

-Clara se llamó mi madre,

y mi padre, Claridad;

Y yo me llamo Clarisa:

¡miren qué casualidad! ;

entre normalistas azules que reían
y novios enfermos del pulmón, que morían,
a través de niños que aprendieron a leer mirándose en tus ojos,
tu rosa cerrada para mis tres abejorros hambrientos,
traías.

III

Fuiste mía y fui tuyo "en el oscuro pensamiento de la noche".
Sin reservas, con locura y con ternura,
unidos en la sangre, en el aliento y en la piel
buscamos aquello que nos unía
y que nunca supimos qué era.

Las largas noches eran nuestras, y nosotros éramos de la noche,
trabajadores fervientes, entre murmullos
y silencios de reposo y espera,
como mineros que buscaran o como joyeros que pulieran.

La piel fina y caliente de tu cintura,
la áspera piel de mis piernas;
mi boca impaciente y tu boca deseosa de obedecer;
mis manos como hormigas entre tu cuerpo de panal nocturno;
tu espalda que se arqueaba y mis largos y tenaces brazos;
tus duras piernas y mis insistentes rodillas entre ellas;
mi lengua y su apasionado itinerario.
Y tu recato y mi persuasión
y tu arrullo y mi contenido grito de hallazgo o de sorpresa:
en la alta noche, creando, latiendo, buscando,
trabajando con su propio material su gozoso y limpio destino
esmeradamente.

Y de tu vientre
los abejorros brotaban chillando y mamando,
entre mis lágrimas de hombre y tus sonrisas de mujer.

IV

A sí ocho años como ocho rosas de doce pétalos
o simplemente como ocho años.

A través de sus días y sus noches
tú mirabas blanquear mis sienes
y yo veía cómo tus labios perdían su frescura.
Pero era en ti donde moría mi juventud,
en mí donde moría la frescura de tu boca.
Alcanzábamos nuestro gozoso y limpio destino.

Los abejorros mamaban y crecían;
mi madre y mis amigos,
y tus amigas y tus parientes, se detenían
y se inmovilizaban en el espacio y en el tiempo,
helados, indiferentes a los sollozos y a las lágrimas.
Ocurrían revoluciones, y los carabineros
eximían de sus exámenes a algunos estudiantes
y de su vejez a algunos obreros;
pero ellos, por su parte, abandonaban a sus caballos en las calles
y en los conventillos a sus viudas,
y éstas, llorando, cobraban escasas pensiones de viudez,
mientras los Presidentes de Chile iban y venían
y por allá se entretenían, rascándose o jugando al ajedrez.

Tranquilos, aunque envejeciendo,
contentos, aunque a veces fatigados,
veíamos caer la tarde y nos íbamos con ella,
conscientes de que atardecíamos.

Ahora,
desde el fondo de mi ser,
desde donde el aire se transforma en sangre
y desde donde la sangre se transforma en semen;
de más allá aún: desde donde río y desde donde lloro,
desde donde hablo y desde donde enmudezco,
desde donde me detengo y desde donde camino;
de en medio de los oscuros líquidos,
del centro de las blandas médulas,
desde la corriente de las linfas
y desde el bullir de los glóbulos;
desde donde tú puedes vivir en mí y desde donde yo puedo vivir en ti:
tu recuerdo surge y me lame como una dulce llama,
como una dulce lengua,
¡oh mujer mía!

VI

Y busco tu rostro y tu cuerpo más allá de la muerte.
Inútilmente. La muerte no me da sino tu boca abierta
y el coágulo de sangre que salió de ella.
¿Eres tú? No lo eres. No te reconozco como muerta.

Busco después tu rostro y tu cuerpo
antes de que la muerte te entreabiera la boca.
Inútilmente también. Imágenes dispersas acuden:
las manos con blandos hoyuelos,
la piel clara de los muslos,
el vello dorado del pubis,
los ojos de ínfimo reflejo verde,
el vientre de niña que mi amor marchitó
y que yo amaba por sus estrías:
expresión de mi hombría y de tu feminidad.

Imágenes táctiles, olfativas, de sabor:
mi mano siente a veces el calor de tu cuerpo,
mi lengua el sabor de la tuya,
mi nariz tu olor nocturno.

Repartida a lo largo de mis recuerdos y mis sentidos,
estás en todas partes y no estás en ninguna.

VII

Los abejorros te tienen, sin embargo.
Aprisionada por raíces que la muerte no pudo romper,
en ellos estás, en sus miradas, en sus risas, en sus voces,
y en ellos me miras, me sonríes y me hablas.

Y en ellos te miro, te sonrío y te hablo
mientras camino, con mi gran rosa ardiente,
hacia donde tú estás con tu deshecha rosa.

Escritor Multiforme

Juan Antonio Massone

Manuel Rojas (1896-1973) fue escritor multiforme. El adjetivo no extingue su alcance al recordar las formas literarias, que cultivara. En verdad, practicó todos los géneros importantes: narrativo, lírico, algo del dramático, el ideativo, amén del artículo periodístico y el texto de conferencia. En su caso, la amplitud concierne a las voces y destinos, a temas y lugares que le sirvieran de sustrato a inolvidables novelas y cuentos, sobre todo.

Alimentadas de vida, de vigoroso vivir lo diverso en sitios y en oficios a punta de sobresaltos e intensidades, pero también con el impulso jamás menguado de quien se supo aprendiz permanente de su oficio, las obras de Rojas conquistan del lector -como lo escribiera González Vera en *Algunos* (1959)-, un natural y apasionado reconocimiento esencial: "Pero si es la pura verdad".

Y bien, esa "pura verdad" tuvo su origen en la convicción y en la entrega que puso el autor de *Sombras contra el muro* en su destino de escritor. Consciencia y dignidad fueronle divisas conductuales. Ninguna conquista le fue fácil, pero no por eso cedió a la falsa publicidad del plumario ni consintió aparente y bicea grandeza de los que hacen del arte y del trabajo literario mendaces ufanías.

Batalló arduamente hasta conseguir docilidad de rebeldes materiales: lenguaje y responsable sinceridad. Al cabo aprendió a ver, escuchar, conversar consigo y con el entorno sobre la base de una actitud vigilante: trabajar sin licencia. Razón tuvo Ernesto Montenegro cuando escribiera del ahora centenario Manuel Rojas:

"Digamos, pues, en elogio de este vigoroso escritor nuestro, que toda su labor ha sido una dura batalla para forjarse un estilo y ponerlo en consonancia con su naturaleza más bien taciturna en lo externo, aun cuando se dejan adivinar en su intimidad destellos de ternura y de una delicada sensibilidad poética. (*Mis contemporáneos* 1967)".

Esa sensibilidad, manifiesta en sus obras narrativas, obtuvo resuelta confirmación en tres poemarios: *Poéticas* (Mendoza, 1921; *Tonada del transeúnte* (1927) y *Deshecha rosa* (1954).

"Estimulado por ese poeta (Domingo Gómez Rojas) empecé a escribir poesías y produje las peores que se hayan escrito en el hemisferio sur. Estaba de moda el modernismo con sus princesas, sus bohemios, sus cielos color violeta y sus tardes grises, y yo, que no tenía cultura literaria de ninguna especie, que no tenía espíritu crítico, seguí la moda y hablé de princesas con un desparpajo no igualado hasta ese momento". (*Algo sobre mi experiencia literaria*, Zig-Zag, 1961)

A pesar de tan descarnada confesión, su progreso lírico propició le fuera incluido el poema *Gusano* en la famosa antología de Los Diez.:

"Lo mismo que un gusano que hilara su capullo,
hila en la rueca tuya tu sentir interior.
He pensado que el hombre debe crear lo suyo
como la mariposa sus alas de color.



» Tejes serenamente, sin soberbia ni orgullo,
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor.

Será mejor la seda que hizo el trabajo tuyo
porque en ella pusiste tu paciencia y tu amor.

Yo, como tú, en mi rueca hilo la vida mía,
y cada nueva hebra me trae la alegría
de saber que entretejo mi amor y mi sentir.

Después, cuando la muerte se pare ante mi senda,
con mis sedas más blancas levantaré una tienda
y a su sombra, desnudo me tenderé a dormir".

Este poema refleja el argumento vertebral de su manera de vivir y de trabajar. Mejor aún, su existencia laboriosa o el trabajo de su vida obtienen en el texto confirmación y vaticinio. Fiel al impulso de expresar lo que auténticamente le era conatural, el poeta Rojas ahonda en intimismo reflexivo, en tanto se apodera de él la comprobación de un presente al que se mira con ojos de transitoria algarabía.

Tal como en la mayoría de los poetas, el sentimiento de acerba discordia entre el querer y la concreción de la existencia aqueja al presente. Aquella diferencia es cesura de incorformidad espiritual que todo lo impregna. El hoy, en los escritos de Poéticas, dejan, en claro designios y maniobras muy poderosos con que la caducidad y la impotencia expresiva, heraldos de la muerte, estropean cualquier ilusión de triunfo en lo humano.

Tejedora esforzada del propio vivir, la persona levanta sus días con intención opuesta al dictamen de las parcas. Lo hace a despecho de todo veredicto positivo a sus desvelos. Nadie a quien implorar. Salvo el sobreextenderse de la palabra, resta únicamente la obediencia a la preocupación por ese mañana ineluctable, pues en todo aflora esa "Bella inutilidad de nacer/y de vivir".

Propensos a la rima y a la tristeza neorromántica de la zozobra metafísica, los poemas iniciales de Manuel Rojas son calzadas por donde la voz íntima agita el valor de existir como hechura ineludable.

Meditabundo y urbano, *Tonada del transeúnte* es libro que declara la disyunción entre alma vertical y ciudad horizontal. El escenario moderno y abrumador de lo ciudadano dispone de sus leyes, de sus artefactos, de sus poderosas instalaciones. Todo en él es marcha, succión de gravedad, funciones en desmedro del otro espacio y del otro tiempo que es ansia, canto, memoria de un alma que no sabe reconocerse más que en sus fueros, innegablemente antónimos, de los toscos límites que ofrece la ciudad: "las calles marchan conmigo en sentido contrario/mientras mis ojos palpan el rostro familiar de las casas/se va la tarde de pies rosados y camino sobre sus mariposas muertas/sombra trémula animada por el ansia del canto/siguiendo el ritmo sencillo e inexplicable de la estrella" (Poema 1).

Asunto típicamente moderno el de *Tonada del transeúnte*. La confrontación entre la expresividad que sueña unificar al ser para vincularlo desde la experiencia de lo imperecedero a los demás y la contrariedad venida desde la extraña multitud del día, al estrangular la oportunidad del canto, abisma a la consciencia y amenaza con despersonalizar el mundo:

"Continúo silbando y gozando mi libertad casi física.
Impetus de gritar, de correr como caballo hacia el horizonte.

Pasan motores fatigados y hombres que los manejan.
Hombres que han perdido el sentido profundo de la tierra.

Yo marchó más ligero caminando a través de mi mismo

por encima de los rastros amarillos".

(Poemas en la mañana)

Deshecha rosa, tercer poemario del escritor, culmina la trayectoria lírica conocida de Rojas y, acaso, la más personal de su interioridad hecha obra. En ésta se



Manuel Rojas en la Cordillera

recoge la experiencia afectiva vivida con María Baeza, su primera esposa. El tono elegíaco habla de la acción relegadora de la muerte hacia el tiempo amoroso compartido. Tiempo en que el amor, suprema compañía, se irguió como bastión de sentido en el ciclón de una historia desapacible. Ternura dolorida es la entrega del total del poema. Ternura y dolor que contraen nupcias por causa de la poderosa e invencible separación que transforma la no querida soledad en rescoldo funeral, como quien debe aceptar el forzoso torpor de la ausencia y del vacío que le sigue, sin la asistencia paliativa del recuerdo, esa reconstrucción de contumacia impotente que forcejea desde la baldía realidad con tal de sobrevivir:

"Repartida a lo largo de mis recuerdos y mis sentidos, estás en todas partes y no estás en ninguna".

Por la ojera sufriente del ya fue y del no será, la

soledad de los propios pasos se duplica en soliloquio en quien padece la máxima fractura de existir entre lo vivo y la muerte. Atesta lo dicho el tradicional símbolo de la rosa utilizado por el poeta:

"Mientras camino, con mi gran rosa ardiente, hacia donde tú estás con tu deshecha rosa".

Si bien no fueron, ni son, los poemas directos responsables del tan merecido prestigio literario de Manuel Rojas Sepúlveda, pensamos que él supo verter en ellos algunas de sus preocupaciones centrales de hombre y de escritor. El escaso número de aquellos que nos legara no aminora su importancia emocional y estética en el momento de realizar un escrutinio de la enorme fortaleza de una escritura como la suya, tan convencida y tan convincente de membruda emoción y de vigorosa humanidad. ♦

María Baeza

1903-1936



Escuela Normal, Santiago. María Baeza sentada en el meño. Entre otras: Haydée Cerrillo, Lidia Teutsch Solar, Hilda Gallardo y Juana Román.

Alcanzó a recoger muy poco antes de su fallecimiento, el libro lírico *Canciones para ellos* (1935), donde queda patentizada con mucha sinceridad la ternura de la autora. "Ellos" son Manuel Rojas y sus hijos, porque María Baeza estuvo casada con el novelista, quien, a su vez, la recordó en *Deshecha rosa* (1954).

Raúl Silva Castro. Panorama Literario de Chile, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, S.A. 1961.

Fotografía lado derecho: María Baeza a la edad de 24 años.



Tres Poemas

I

Tumba la mañana de costado
a la cruz del sur tras de mi casa
y levanta su diamante puro sobre la tierra
aún azul.

El viento desenreda los árboles con sus dedos frescos.

Con la mejilla sobre la almohada te veo dormir;
en tu pecho que sube y baja va mi corazón
con remo seguro por la viva corriente.
No soy ya la virgen; soy tu esposa y el sol
rompe su pecho de oro en nuestro cuarto. Reímos.
Es el día.

Mi casa está tendida al sol este verano;
dulce la faena, la hago en un canto.
Mis manos preparan para ti y sabias
y ágiles van y vienen.
Por la anchas ventanas entra la luz
cantando con el viento.
Nuestro almuerzo alegre
es un montón de hortalizas, de frutas y de besos.

Asomó el mediodía su rostro ardiente
dentro del patio.
En el triángulo de sombra del muro de ladrillos
se arrullan dos palomas.
Su arrullo es profundo de amor y de verano.
Cae un chorro de agua y los gorriones
picotean, saltan y gritan.

Sola, mis párpados sienten la frescura
de la tarde blanca.
Una estrella, dos, tres, mi corazón sale a esperarte
y asomado a la esquina no te ve venir.
Mis manos se detienen mientras mi cabeza escucha.
Cuatro, cinco, seis estrellas, me dice
el vidrio de mi ventana. ¿Y él?

El viene caminando hacia mi casa.
Dulce calor de mis labios.
Hundo mi cabeza en tu pecho
y me empino para alcanzar tu boca.
La tarde te me devuelve y somos
un sólo corazón que entra a soñar
en el oscuro pensamiento de la noche.

II

Soñé mi vida, pero esta niña no la
soñé.

Soñé con el cardo ardiente de tu amor.
Tu pecho ancho gritaba
a mi pequeño corazón
a través del ambiente delgado de las tardes,
a través del ambiente cobalto de las noches.

Mi cuerpo crecía y se formaba
para el hueco de tu corazón.
Mis venas esperaban tu latido.
Pero el pasto humilde de mi vida
no alcanzaba a soñarte, hija mía.
Y hoy te tengo aquí,
apegada a la fuente de mi pecho;
tu manita me palpa
y es más ponderada que la dulzura
de una flor sobre mi seno.
La bellotita fina de tu cabeza morena
se revuelve en mi pecho
y se lleva mi vida glotonamente.
Y yo me embriago dentro de mí,
me embriago y me pongo a cantar a mi niña.

Y tú nos miras, nos miras
y nos cubres con la mirada tierna
de tus ojos oscuros
que nos sonríen hermosamente.



Gabriela Mistral. Fotografía dedicada a María Baeza por la poetisa.

III

La voz de la sirena surge
como un gran arrullo
del corazón de paloma
de la mañana.

Mojadas aun de noche
tiemblan entre la niebla
las velas blancas
de las montañas.

Echa atrás mi corazón
su capucha de sueños
y surge tu cara morena
y el rostro de flor de mi niña.

Ambas se asoman
a mi conciencia que parpadea.
Es un foco que enciende y apaga
tu sonrisa de hombre y su sonrisa de flor.

Tiemblan mis manos tendidas
sobre el abismo del mundo.
El caracol de mi alma
se cierra y ensordece.

Blanco y azul el abismo
del mundo está hostil.
Encienden cerca de mi pupila
tu astro ardiente y su estrella pura.

Y mi cuerpo da un salto ágil
y se echa a andar por el mundo
que está nuevo esta mañana.



Maria Bozza en su segundo año de trabajo como profesora.

In Memoriam

Pablo Neruda, 1973

Al mismo tiempo, dos de mi carrera,
de mi cantera, dos de mis trabajos,
se murieron con horas de intervalo:
uno envuelto en Santiago, el otro en Tacna:
dos singulares, sólo parecidos
ahora, única vez, porque se han muerto.

El primero fue taimado y soberano,
áspero, de rugosa investidura,
más bien dado al silencio:
de obrero trabajado conservó
la mano de tarea predispuesta
a la piedra, al metal de la herrería.
El otro, inquieto del conocimiento,
ave de rama en rama de la vida,
fuegocentrista como un bello faro
de intermitentes rayos.

Dos secuaces
de dos sabidurías diferentes:
dos nobles solitarios que hoy se unieron
para mí en la noticia de la muerte.

Amé a mis dos opuestos compañeros
que, enmudeciendo, me han dejado
mudo
sin saber qué decir ni qué pensar.

Manuel y Benjamín

Tanto buscar debajo de la piel
y tanto andar entre almas y raíces,
tanto picar papel hora tras hora!

Ahora quietos están, acostumbrándose
a un nuevo espacio de la oscuridad,
el uno con su rectitud de roble
y el otro con su espejo y espejismo:
los dos que se pasaron nuestras vidas
cortando el tiempo, escarmenando,
abriendo
surcos, rastreando la palabra justa,
el pan de la palabra cada día.

(Si no tuvieron tiempo de cansarse
ahora quietos y por fin solemnes
entran compactos de este gran silencio
que desmenuzará sus estaturas.)

No se hicieron las lágrimas jamás
para estos hombres.

Y nuestras palabras
suenan a hueco como tumbas nuevas
donde nuestras pisadas desentonan,
mientras ellos allí se quedan solos,
con naturalidad, como existieron.

Se Fueron

Dos escritores muy diversos, que rara vez concordaron en algo durante sus vidas - como no fuera en una actitud de perpetua disidencia- coincidieron en la hora de la muerte:

dos singulares, sólo parecidos

ahora, única vez, porque se han muerto

según el poema de Neruda.

Manuel Rojas y Benjamín Subercaseaux murieron con pocas horas de diferencia, el 11 de marzo de 1973. El primero murió en Santiago. El segundo en Tacna, donde desempeñaba un cargo consular.

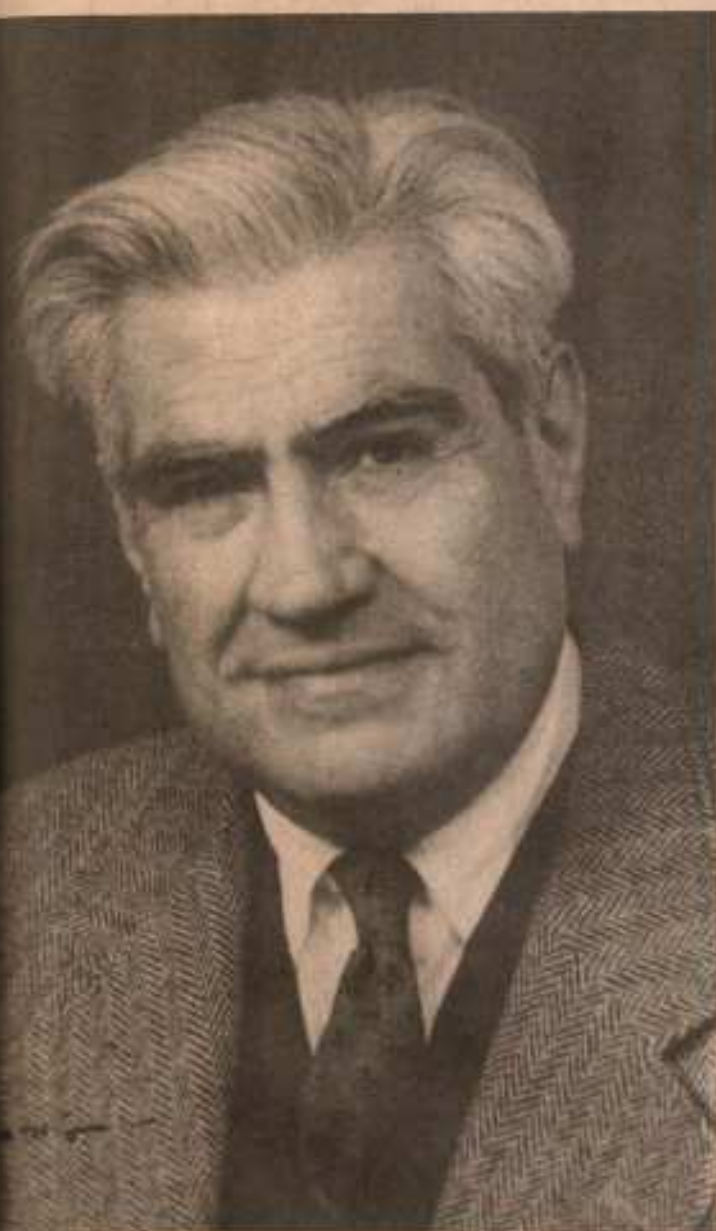
La prensa de la época no dejó de registrar la singularidad de esta partida simultánea de dos grandes de la literatura chilena. Pablo Neruda dedicó a ambos el poema que se reprodujo en las páginas anteriores y que se publicó por primera vez el diario *El Siglo*.

Manuel Rojas pidió que a su muerte su cuerpo fuera cremado y que en la ceremonia fúnebre no hubiera discursos. De manera semejante, Benjamín Subercaseaux dispuso, en una carta que dirigió al Cónsul General de Chile en Tacna, Humberto Alvarez: "Solicito que no se realice ningún tipo de ceremonias, ni religiosas, diplomáticas, cívicas o militares ya que estimo que no he muerto. La única muerte terrestre que conozco es el olvido". Agrega que, una vez en Chile, sus restos deben ser cremados, las cenizas colocadas en una pequeña cajita que tenía escogida



Benjamín Subercaseaux.

Juntos



Manuel Rojas.

para tal efecto y la cajita, depositada en el interior de la cabeza de bronce del escritor, esculpida por Marta Colvin. El escritor, que tenía -como Gabriela Mistral- la calidad de Cónsul Vitalicio de Chile, vivía en Tacna desde 1967.

Rojas recibió el Premio Nacional de Literatura en 1957. Subercaseaux, en 1963.

En su artículo "Manuel y Benjamín", Francisco Coloane escribió: "Se han ido juntos estos dos viejos maestros de nuestra literatura. Ambos, a pesar de sus opuestos orígenes sociales, enfocaron con realismo crítico y talentos irremplazables, los problemas del hombre y su medio, tanto dentro de nuestras angostas fronteras como en las más anchas del mundo de hoy, que se ha convertido en una aldea".

Carlos Droguett, en su artículo "Los personajes de Manuel Rojas" publicado en La Tribuna de Los Angeles el 9 de abril de 1973, lo proclamó el mayor novelista chileno del siglo y recordó una frase suya que sintetiza su visión de la vida social: "La ley es un perro que muerde al mal vestido".

Aunque la prensa de 1973 trató con respeto a los dos ausentes, la áspera polarización política de aquellos días se reflejó en la presentación de la noticia. "Puro Chile" escribió (hoy nos parece innecesariamente): "El autor de *Hijo de ladrón* era un hombre de izquierda hasta los huesos". El diario "La Prensa" tituló: "Fallecieron dos glorias de nuestra literatura", pero



En el Lucerna, 1947. Entre otros: al centro Pablo Neruda, Angel Cruchaga Santa María, Augusto D'Halmar, Alejandro Lipschutz y su esposa Margarita, Marija Lafuente, Manuel Rojas, Carmen de Alonso, Olga Acevedo, Tomás Lago, Víctor Bianchi, Hernán Cañas, Juvenio Valle, Rubén Azócar, Sergio Insunza, Volodia Tóitelboim, Carlos Sönder, Laura Reyes, Delia del Carril, Graciela Villarroel, Héctor del Campo, Enrique Bello, Manuel Banderas, José Gómez de la Serna, María Gálvez, Jorge Gilex, Albertina Azócar.

agregó (inexplicablemente) en un pequeño recuadro: "Rojas era fanático mirista".

Cada diario registró el hecho a su manera. "Los escritores se van", tituló "Diariocolor" de Concepción el 15 de marzo de 1973. "La Estrella" de Valparaíso, el día 13, sobria: "Sensible coincidencia". La revista "Qué Pasa" el 15: "Muerte por partida doble". "Clarín" de Santiago, el 13 de marzo: "Eran dos rotos choros patiperros y tremendos". Otros titulares fueron más convencionales.

El mismo día 13 Hernán Díaz Arrieta (Alone) publicó en "El Mercurio", un artículo melancólico y maravilloso, bajo un título de crónica, "Desaparecen escritores ilustres", firmado con sus iniciales. Su texto es el siguiente:

"En vano se habla de las dolencias de éste, de los años del otro y se sabe el peligro a que están expuestos, como todos. Uno los cree inmortales, se acostumbra a la idea de que vivirán siempre, cuenta con ellos, con su palabra, con su presencia.

De pronto, un mismo rayo cae y ya de ambos queda solamente su obra, sus recuerdos.

Ayer, nos hizo meditar una carta de 1932, desempolvada entre viejos papeles. Un joven autor nos pedía un prólogo que la editorial Zig Zag le exigía para un libro suyo, agregando que me había llamado mucho inútilmente. Era *Lanchas en la bahía*. Su autor ya a esa hora había muerto, y toda una larga historia de luchas, de triunfos, de discusiones, de entrevistas y



San Vicente, Talcahuano, 1964. Manuel Rojas, Dr. San Martín, Pablo Neruda, Fernando Alegría y Gonzalo Rojas.

cuanto compone el tejido transitorio de la existencia, empezaba a desplegarse con sus hilos, entrecruzados sobre la eterna trama. Casi al mismo tiempo, allá, lejos, en otro país elegido por él para aproximarse más al suyo, Benjamín Subercaseaux cerraba los ojos incansables y escrutadores, nunca contentos del espectáculo que presenciaban, sagaces, caprichosos, irónicos, que una curiosidad conducía y que se orientaron al fin hacia la ciencia antropológica.

El espíritu había soplado sobre los dos desde extremos distantes. El mismo soplo acaba de apagarlos juntos.

Hay motivos para creer en los astros.

Uno y otro lo eran a su modo; más definido y compacto el capitán de *Lanchas en la bahía*, que armó su escua-

dra novelesca, barco tras barco, y la echó a navegar victoriosamente con firmeza y constancia, siguiendo su propia línea, una trayectoria segura que contrasta con la del otro, inesperado compañero, vagabundo de aguas alborotadas, buceador de secretas profundidades, audaz, temerario incluso, desafiante que no rehuía las paradojas y clavó un día la fortuna al mástil de su "loca geografía", ya indispensable enarbolada a la imagen de Chile y una de sus definiciones clásicas.

Infinitas memorias, alegres y tristes, reñidas y amistosas, tácitas, confidenciales, se acumulan y levantan sobre esas dos tumbas abiertas al mismo golpe, antes de caer la losa y el silencio.

¿Cuántas seguirán flotando en la superficie, entre sus múltiples embarcaciones lanzadas al agua, al viento, al azar?

La primera que aparece a la vista capaz de resistir, es la que titula *Hijo de ladrón*, otra insignia imborrable. Páginas hay allí que no podrán olvidarse sin empobrecer nuestra literatura.

Y escenas, y perfiles, y personajes y aventuras marcadas por el sello magistral, plenamente grabado. El resto sigue después. Este hijo de ladrón acaparó tesoros.

Y como en el orbe literario también la explosión demográfica ofusca y revuelve los valores, si alguien pregunta cuál de las obras de Benjamín Subercaseaux podrá escoger, de la abundantísima, variada y heterogénea prole dejada por el singular escritor, casi resulta innecesario señalar ese hijo tan felizmente bautizado que todos, aún sin conocerlo, repiten su nombre.

Y así, la "lôca geografía" de nuestro país ofrece su territorio para que continúen las proezas del "hijo de ladrón", con su chispa imperecedera.

Pero no ha llegado aún la hora del balance.

A la orilla de la playa que acaba de verlos partir suena todavía demasiado melancólicamente cierta campana que, en cualquier instante, puede llamar a los que están, acongojados, escuchándola". ♦

J.M.V

“¡Hazte Hombre, Manuel!”

José Santos González Vera

Cuando Manuel Rojas enteró cuatro años, sus padres, chilenos, lo trajeron a Santiago. Había nacido en Buenos Aires, el 8 de enero de 1896. Viajábase en coche de Mendoza a Puente del Inca. Desde allí, a lomo de mula, rezando a ratos, suspirando a menudo, era fácil apearse en Juncal. Por recogido que estuviese el espíritu, los ojos se agrandaban a la vista de la cordillera y del cambio sin fin de sus hondonadas, sus eminencias blancas, por instantes deslumbradoras; sus senderos que ascienden y bajan, los precipicios, conjunto que eleva el alma, pero que también la reduce a la dimensión del miedo. De Juncal, en otro vehículo, meciéndose entre el pánico y el éxtasis, se descendía a la estación de Los Andes.

La familia abrió un negocio de mesteras. Su padre, Manuel Rojas Córdoba, era alegre y ocurrente, tanto que su mujer, al recordarlo, decía: “estar con él, era estar con una guitarra”. Un tiempo después cayó enfermo de muerte.

Alrededor de 1903, doña Dorotea Sepúlveda, señora delgada y alta, de ojos reidores cuando estaba contenta, de quien Manuel Rojas heredó la estatura y los rasgos más firmes de su carácter, atravesó, ataviada de negro, la cordillera para avecindarse en una casita del barrio Boedo, en Buenos Aires.



El antiguo colegio, Campero de Independencia y Boedo, Argentina.



*Dorotea Sepúlveda, madre de Manuel Rojas. Al dorso, con letra del escritor dice:
"El niño es Raúl Carvajal, protegido de mi madre".*

Delante de aquella, cruzando la calle, había un alfalfar. "¿Cuántas luciérnagas, tomadas allí, me resregué por la frente, cuántas en los dedos?" Al tornar a su casa el tierno muchachito ostentaba "manchas de luz hasta en los zapatos".

Fuéronse a la calle Colombres. "En la primera habitación con ventana a la calle, residía un sastre socialista que me enseñó a cantar Hijos del Pueblo".

Pasó velozmente por el primer colegio. Al inscribirlo en el segundo, su madre pidió que le enseñaran a dividir. Cuando al cabo de un mes fue a pagar, expresó:

- El niño todavía no aprende a dividir.

- ¡Cómo quiere que aprenda si no sabe! arguyó el maestro.

Una tarde, el director empezó a castigar a sus alumnos por orden

alfabético. Era meticoloso y temía se le escapara uno solo. Al llegar a la erre, el muchachito Manuel Rojas metióse bajo un banco. No le valió. Un condiscípulo, llorando, pues había sufrido el reglazo en la palma de la mano, lo denunció:

- ¡Señor, está aquí, debajo!

"Atravesé de dos zancadas una hilera de bancos y salí al patio por una puerta lateral".



La casa en que nació Manuel Rojas, el 8 de enero de 1896. Está situada en la calle Combate de los Pozos 1678, Buenos Aires, Argentina. La foto es del año 1960.

Oyó la retumbante voz del verdugo ordenándole detenerse. Sus piernas volaban. Minutos después un coro resonaba a sus espaldas. Los gritos parecían amistosos. Por si se equivocara corrió con más brío, pasó frente a su hogar, arrastrado por el impulso. Dejó de oírse todo rumor; sólo entonces descansó tranquilo largo rato y, a lentos pasos, cautelosamente, retornó a su vivienda. Nunca volvió al terrible colegio. Y en las primeras sema-

nas, al mentárselo, los pies se le movían solos.

Su madre le matriculó en la escuela Campero. Ahí tuvo un profesor benévolo que le decía, con frecuencia: "¡Hazte un hombre, Manuel!" A fin de año, en presencia de los padres, les pidió frases con la palabra corazón. Las respuestas surgían enredadas, con tartamudeos. El niño Manuel Rojas exclamó sin pestañear:

"- Guardo en mi corazón las últimas palabras que mi padre dijo al morir "

Fue su primer éxito literario e imaginativo, porque a la muerte de su progenitor no estuvo presente.

"Algunos". Nascimento. Santiago de Chile. 1959.

Una Oscura

Filebo

Escrito con motivo de los veinte años de la muerte de Manuel Rojas, 11 de marzo 1993.

Se cumplen veinte años de la muerte de Manuel Rojas. Una muerte joven. Sólo veinte años. Podría decirse en propiedad: una muerte en la flor de la vida. Hijo de padres chilenos, nació en Buenos Aires, Argentina, el 8 de enero de 1896. Falleció en Santiago en marzo de 1973. Eran los días iniciales de la "decadencia y caída de casi todo el mundo" en expresión del inveterado humorista norteamericano Will Cuppy.

Autor de cuentos célebres como *El vaso de leche* y novelas memorables como *Hijo de ladrón*, *Mejor que el vino*, *Punta de rieles* y *La oscura vida radiante*, Manuel Rojas es uno de los escritores chilenos que han dejado más datos personales sobre su vida y su obra. A este respecto la publicación por la Empresa Editora Ercilla en 1962 de su *Antología autobiográfica* representa un verdadero epitome. En su obra *Algunos* (Nacimiento) José Santos González Vera ensayó en 1959 un apunte de croquis de su gran amigo Manuel Rojas. Allí retrató estos rasgos de juventud del aprendiz de novelista: "Manuel Rojas había crecido otro jeme. Tenía cabellera densa, negrísima; cejas de aspirante a obispo y, ocultos, unos ojos oscuros, de seria expresión, que en momento de júbilo reían. Hablaba apenas, sin eufemismos, evitando lo vago, sin caer en fórmulas de cortesía, aunque no le hubiesen dañado, por lo cual resultaba desabrido. A cierta distancia asemejábase a un joven quisco. Y de cerca o de lejos parecía a punto de enojarse".

Hablar sin eufemismos... Tal observación de González Vera acerca del laconismo impenitente de Manuel Rojas obliga a revisar conceptos sobre reglas de conducta que permiten una mejor y más llevadera convivencia. ¿Puede uno desenvolverse en sociedad sin recurrir al expediente de formas consagradas por el uso para un buen trato recíproco? Al parecer, el

eufemismo forma parte indispensable de estos usos. El eufemismo, en la práctica, es el modo de expresar con suavidad o decoro ciertas ideas. La literatura en sí constituye un alarde de eufemismo. No se lograría concebir el enorme flujo internacional de la obra de Jorge Luis Borges sin su pasión por la fina retórica del rodeo y por el arte de construir nuevos modos de expresión para lo corriente. Escribir, en buenas cuentas, es rebuscarse. Pero rebuscarse tan a hurtadillas que sea imposible adivinar en las consecuencias el proceso de rebuscamiento. A través de la desafección de Manuel Rojas por el manejo del eufemismo, y por ende de la metáfora, se explica el dibujo de González Vera: "A cierta distancia asemejábase a un joven quisco. Y de cerca o de lejos parecía a punto de enojarse".

Oficios y profesiones tornan multitudinaria la existencia de este hombre grande, tierno y hosco. "Sospecho, no sin timidez -escribe González Vera- que Manuel Rojas fue uno de esos inadaptados. Por obligación trabajó desde niño: fue aprendiz de sastre, talabartero y electricista; transitoriamente estuvo de mozo y mensajero; actuó de consueta, pintó carruajes y paredes; trabajó de peón en la cordillera; cuidó un falucho; fue estibador; manejó una sumadora eléctrica; ha sido bibliotecario".

Continúa González Vera: "Siempre me pareció un hombre práctico. ¿Lo era realmente? Al romanticismo le tenía horror. No obstante, aunque era consueta experimentado, y por serlo pudo viajar por dentro y fuera del país, desertó. ¡Cuántos no abrazarían este oficio si pudieran!... De pintor pudo vivir. Había excedido los grados de aprendiz de oficial. Era maestro y como miles habría podido ganarse la vida pintando, pero dejó de pintar. ¿Por qué? Acaso ni él lo sepa... Litógrafo fue varios años. Cuando aprendió

Vida Radiante



*Elena Edwards, Piz, Patricio y María Eugenia Rojas, Valeria López Edwards, Manuel Rojas.
Fotografía tomada por Leopoldo Castedo, 1946.*



*Profesorado de la Escuela Española Middlebury College, y otros, Vermont, U.S.A., en el verano de 1959.
 Primera fila de izquierda a derecha: Sra. de Ruiz, Sra. de García Lorca, Manuel Rojas, Francisco García Lorca,
 Manuel de Terán, Miguel Rubio, Roberto Esquenazi-Mayo y señora.
 Segunda fila: Carmen Galvagno, Amelia del Río, Emilio González López, Paz Rojas, Consuelo Vásquez de Pargo,
 Sra. de González López, Anna de Nolfi, Néstor Almendros, Juan Appel.
 Tercera fila: Sra. de Casualdero, Eugenio Florit, Roberto Ruiz, Luke Nolfi, María Antonia Quiroga.
 De pie: Joaquín Casualdero, Rodolfo Cardona, Manuel Álvarez Morales, Samuel Guarnaccia (dean) y Germán del Río.*

el linotipista era el obrero gráfico mejor pagado. Empero llegó el momento en que abandonó esta profesión... ¿Cuántos son los hombres que tienen un mediano dominio de dos o tres oficios? Poquísimos, se me ocurre... No podría decirse que los dejara por arribismo. Se convirtió en anarquista siendo muy joven y estos ansían abolir las clases, y aman los oficios, sobre todo los manuales, porque pretenden organizar una sociedad en que sólo haya trabajadores. Algo vago, indeciso, lo conducía a cambiar de tarea cada cierto tiempo."

Trabajó, por ejemplo, en el Hipódromo Chile durante dieciséis años. "La jornada empezaba, los días anteriores a la carrera, a las dos de la tarde-relata el propio Manuel Rojas- aunque en verdad empezaba, si las carreras eran el día domingo, el viernes en la tarde y duraba hasta las nueve de la noche. Al final teníamos que contar el dinero, separarlos por unidades de un mismo valor, hacer una pequeña planilla indicando las cantidades de billetes de a mil pesos, de a quinientos, de a cien, etcétera, además del sencillo, monedas de a peso, de a veinte, de a diez y de cinco centavos.



Portugal. Jaime Valdivieso, Mercedes Valdivieso y Manuel Rojas.

Después debíamos presentarnos ante unos empleados que habían llevado cuenta de lo vendido y de lo que debíamos entregar. Si faltaban diez pesos o cinco o cincuenta centavos, lo mejor era pagar e irse, pero si faltaban cientos o miles de pesos, la lata era espantosa: había que hacer de nuevo las cuentas y revisar las cifras que ellos tenían, contar de nuevo la plata, y no era raro que uno se hubiera equivocado, cobrando menos boletos de los que había vendido, y tuviese que pagar; otras veces teníamos que ir, al día siguiente, a la cancha y buscar allí, de alguna manera, el error. A veces salíamos a las diez u once de la noche... Trabajé en el Hipódromo durante dieciséis años. Jubilé con una renta que hoy -6 de octubre de 1961- alcanza a siete escudos mensuales, de los cuales a veces percibo



Manuel Rojas con Julianne Clarck, su última esposa, en la estepa rusa, escuchando un ruiseñor.

cinco, y otras tres. Pero tenía que hacer frente a mis compromisos y lo hice en la medida en que fui capaz".

Un día de verano, en tanto que trataba de despachar una larga lista de clientes, oyó que en la caja de al lado alguien protestaba de su mala suerte y del trabajo. Alguien venía a replicarle: "De qué te quejas? ¿No ves ahí a Manuel Rojas, calladito, vendiendo cartillas?". El que protestaba se calló, como sorprendido, y un momento después Rojas sintió que alguien golpeaba la reja de la caja. Miró. Era el novelista Juan Barros, el autor de *La María grande* y *El zapato chino*. "¿Usted también aquí, compañero? Le respondió con una triste mueca, mientras se secaba el sudor de la frente. "¿Qué quiere que le haga?" Manuel Rojas recordó que Juan Barros imprimía por su cuenta las novelas



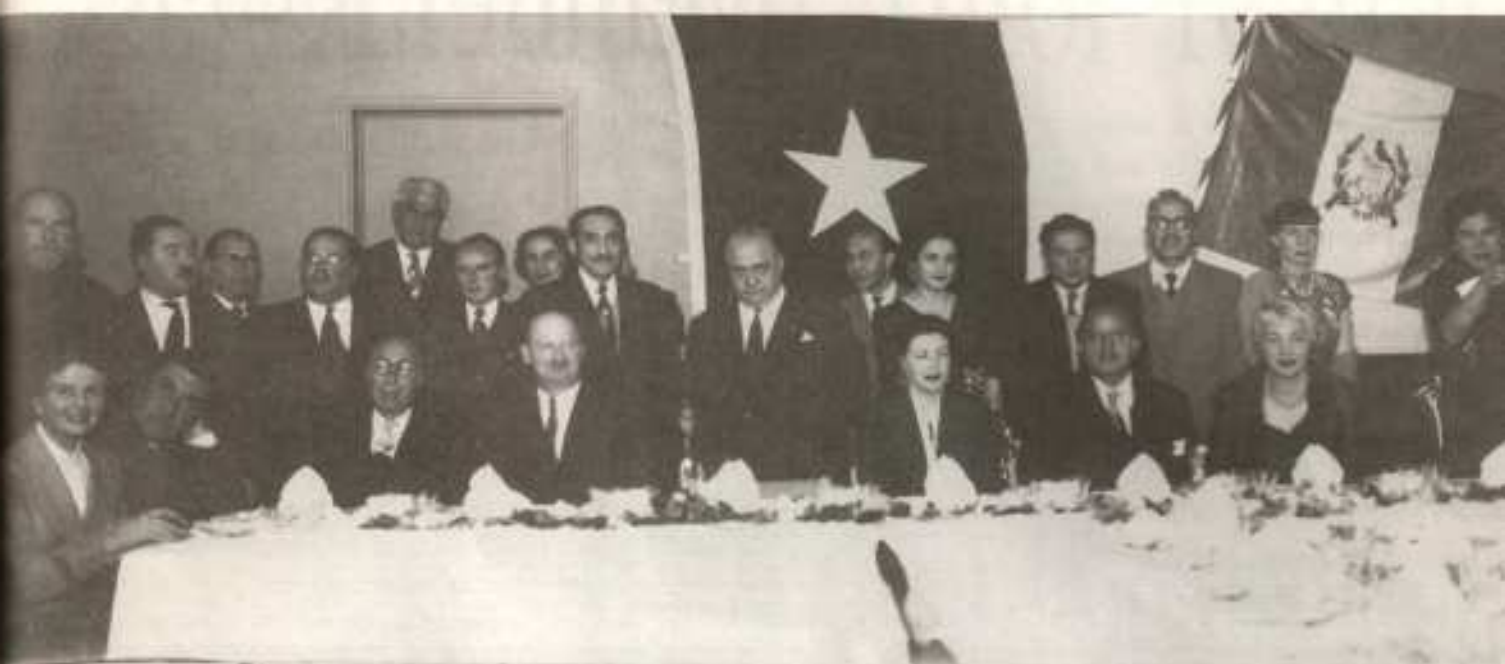
Campamento en la Cordillera. Manuel Rojas de pie con Enrique Espinoza, Catalina de Espinoza y Adina de Amster.

que escribía y luego iba a venderlas a las estaciones del ferrocarril y aún en los trenes. Un día Barros consultó a Manuel Rojas sobre el título que debía poner a una novela en que presentaba a un hombre con dos mujeres al mismo tiempo. Quería un título popular. Quedaron en que la novela se llamaría *De a dos al hacha*. Juan Barros no la publicó. Poco tiempo después Juan Barros murió de un derrame cerebral.

En torno al novelista Juan Barros Moreira, puesto que de él se trata, nacido en 1884 y fallecido en 1939, Raúl Silva Castro ha escrito: "Publicó en plena juventud una novela titulada *El zapato chino*" (1913), muy comentada porque en ella se cuenta la vida escolar en un colegio de los jesuitas y se temió que en los nombres hubiese una clave. Esta publicidad estruendosa no era

del gusto del autor, y permaneció muchos años en silencio, sin que se supiera qué escribía. Irrumpió de nuevo en las letras en 1936, dando a luz seguidamente un conjunto de cuentos titulado *Don lindo*, y una especie de novela, *La María grande*, que vendía personalmente en las estaciones del ferrocarril y en las oficinas pobladas por amigos suyos. Esta forma bizarra de volver a la vida literaria le ganó muchos lectores".

En el volumen *Imágenes de infancia* (Ediciones Babel), Manuel Rojas evoca así los albores de su vida: "Nací en Buenos Aires, en una casa situada en la calle Combate de los Pozos 1678. Ignoro quiénes, además de mis padres y de una pareja de italianos que me sirvieron de padrinos, vivían allí. No tengo más que



Primer Dolor de Monterrico

*Abajo entre otros: Rubén Azócar, Benedicto Chuaqui, Volodia Teitelboim, Elena de Tangol, Miguel Ángel Asturias, Dolores Montecinos.
De pie entre otros: Javier Villafañe, Ernesto Eslava, Luis González Zenteno, Manuel Rojas, Nicasio Tangol, Alfonso Gómez Libano,
Agusto Montecinos, Roberto Meza Fuentes, Alfonso Gómez, Nicomedes Guzmán, Aldo Torres Puga.*

una fecha y una dirección, demasiado segura la primera, insegura la última. Es poco; no hay más y podría haber menos. Después de mi nacimiento y transcurren años, tres, cuatro o cinco, en que sólo encuentro imágenes de Santiago de Chile y una que otra visión de viaje, entre éstas una en que me siento, más que me veo, tomado de la cabecera de la montura de un macho espantado que corre conmigo por entre muros de nieve. Mis padres eran un poco vagabundos como yo lo he sido..."

González Vera se detiene muchas veces a meditar sobre la poderosa propensión de Manuel Rojas al cambio de profesión u oficio. En Manuel Rojas, en verdad, el oficio de las letras puede acompañarse de cualquier otro. Bien anota el mismo autor de *Vidas*

mínimas en su estudio sobre Manuel Rojas que un gran escritor que trabajase seis horas diarias durante un mes sólo podría ganar para comer durante dos días.

En 1926 la Editorial Nascimento le pagó a Manuel Rojas mil pesos por la publicación de dos libros (*Hombres del Sur*, cuentos y *Tonada del transeúnte*, poemas). El escritor cambió su cheque en el banco por el equivalente de diez monedas de oro, de cien pesos cada una. El 18 de marzo de 1959 cada una de esas monedas valía veintitrés mil pesos. *Hombres del Sur* demoró veinte años en agotarse. *Tonada del transeúnte* no se había agotado en 1959. La edición de esta última constaba de mil ejemplares. ♦

Manuel Rojas,



Apuntador y Autor Teatral

Mario Cánepa Guzmán

Vida de aventurero, moldea a machetazos con el diario quehacer, vagabundo de mares y montañas que lo llevaron a cruzar la cordillera a pie y a cuidar barquichuelos en Valparaíso. Hijo de chilenos nacido en Buenos Aires. En 1900 viene con sus padres por primera vez a Chile e instala un almacén en la calle Coquimbo, esquina de Nataniel. Al año siguiente fallece su padre y dos años más tarde regresa con su madre a Buenos Aires. En 1909 trabaja como aprendiz de carpintero y mecánico en el Ferrocarril Central Argentino. En Mendoza es electricista. En 1912 es cuando atraviesa la cordillera y se instala en el fondo de una peluquería en calle Brasil. Al año siguiente es pintor en una fábrica de carruajes. Vive en un conventillo, luego en otro y se hace anarquista. Su madre llega a Chile.

En 1914 Manuel Rojas entra en contacto con gente de teatro. Conoce a Antonio Acevedo Hernández quien lo lleva al "Café de los Inmortales", réplica sombría de aquel famoso café madrileño. Aquí se pone en contacto con Juan Tenorio Quezada, José Santos González Vera, Adolfo Urzúa Rozas y Domingo Gómez Rojas, quien, al igual que a Antonio Acevedo Hernández, incita a escribir toda vez que Manuel Rojas ya había dado a conocer algunas publicaciones.

El ambiente teatral lo lleva como

apuntador de la Compañía de Alejandro Flores con quien, en una gira en 1918, llega hasta Ancud. De regreso se ocupa de linógrafo en el diario "La Opinión" y en la revista "Numen" para luego pasar a "El Mercurio".

Ese mismo año de 1920, deja su cargo en "El Mercurio" y se va al sur como consueña de la Compañía Casimiro Ross-Alejandro Flores. Es la gira "rasca", como se le llama en jerga teatral, con deudas en los hoteles, viajar en tercera o en carreta, no recibir sueldos y, por último, quedar botados como ocurrió en este caso en Punta Arenas. Ross y Flores pasaron a Argentina, debiendo recurrir el resto del elenco a los pasajes de la Beneficencia Pública, que otorgaba los barcos para los enfermos graves. Algunos se hicieron pasar por tuberculosos, otros por paráliticos y Manuel Rojas por loco.

Pero no escarmienta; en 1921 ingresa como apuntador de la Compañía de Arturo Mario-María Padín, en la temporada que realizaron en el Teatro Unión Central. Con este conjunto viaja a Valparaíso y desde allí inician una gira por Argentina, debutando en septiembre en la ciudad de Mendoza, etapa que aprovecha para publicar un cuadernillo de dieciséis páginas con el título de *Poéticas*. Pasan a Uruguay y al regresar, en 1922, de Montevideo, la Compañía Mario-Padín, se disuelve.

Lee un drama de autor italiano que

le inspira la obra teatral *Daniel* y que trata sobre la vida de un poeta tísico que triunfa cuando ya la enfermedad está haciendo crisis. Lo dejó inconcluso.

Un año más tarde, basado en *La Bofetada*, cuento que publicara Rafael Maluenda, tuvo la inspiración de escribir un sainete con el mismo título que le estrenó Enrique Barrenechea. No pasó nada.

En 1939 es redactor de "Las Últimas Noticias", cargo que desempeñó por espacio de nueve años.

En 1957 recibe el galardón máximo, el Premio Nacional de Literatura. Antes y después había recibido una cantidad de premios menores, cuya distinción fue un reconocimiento para vida tan esforzada. Sus libros, tanto de cuentos como novelas y ensayos, fueron numerosos, pero eso lo dejamos para los encargados de temas literarios. Nosotros nos hemos preocupado de sus actividades teatrales, que culminan con un éxito de gran envergadura: *Población Esperanza*, escrita en colaboración con Isidora Aguirre y estrenada por el Teatro Universitario de Concepción y luego traída a Santiago.

Así como en sus años mozos viajó por América, como un vagabundo, en los de alba serenidad recibió amables invitaciones en su calidad de escritor que lo llevaron, incluso, a ocupar el cargo de profesor de Castellano en la Universidad de Los Angeles. ♦

El Hombre de la Rosa y sus Misterios

Virginia Vidal

Quisiéramos recordar los cien años del nacimiento de Manuel Rojas con uno de los cuentos más notables de la literatura chilena por su misterio insoluble, su atmósfera mágica y su rara poesía: *El hombre de la rosa*. Este cuento también es insólito dentro de la obra del propio autor.

Ambientado en Osorno, sus personajes son dos hombres fascinantes: el padre Espinoza, un cura capuchino y un forastero. Se produce el encuentro de ambos en el confesionario. El confesando se dice poseedor de la magia negra, confía su secreto al sacerdote y le asegura ser capaz de singular proeza.

El capuchino no se parece en nada al personaje de Anatole France, su cofrade Jerónimo Coignard, ni hedonista ni remolón, nunca "arranado" en las proximidades de un fogón como el de la *Reina Patoja*.

"Era uno de esos frailes que encantan a algunas mujeres y que gustan a todos los hombres".

Manuel Rojas se radicó en Chile en 1924 y publicó *El Hombre de la Rosa* en 1929. Al pensar en su retrato del capuchino, imposible no asociarlo con Ernest Wilhem de Mösbach, misionero de Puerto Domínguez (1) (Budi). El sacerdote llegó a Chile a las misiones de la Orden Capuchina Bávara en 1920, en pleno proceso de transculturación y uno de sus aportes más notables es su minucioso estudio de la flora autóctona (2). Llamado "apóstol y guerrero de nuestra selva perdida", por el profesor Ziley Mora, de la Universidad de Temuco, no cuesta imaginarlo ante el forastero pidiéndole una rosa muy especial.

"La vida del padre Espinoza, fraile misionero, era tan interesante como la de cualquier hombre de acción.



Manuel Rojas, firmando autógrafos.





como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero”.

El bávaro Ernest Wilhem Mösbach ejerció su ministerio en el frente alemán durante los cuatro años de la Primera Guerra Mundial. Luego postuló en vano a las misiones de la Polinesia y de China y su celo lo trajo a nuestra zona austral.

Cuando el apóstol y guerrero del cuento pide una rosa, nada induce a pensar que el capricho del capuchino corresponda a mero interés botánico. Aquí comienzan a desencadenarse las conjeturas.

¿Por qué el capuchino le pide una rosa? No es una rosa cualquiera, sino la de un rosal que crece en el patio del convento de las monjas clarisas (ocupó la manzana donde hoy está la Biblioteca Nacional).

¿Por qué el sacerdote no sólo conocía ese rosal sino también la rara cualidad de sus rosas?

¿Por qué el capuchino falta a su palabra y entra en la celda donde se refugió el forastero?

¿Por qué le introduce un alfiler en el pie descalzo, sin remordimiento alguno por acto tan poco-caritativo?

¿Por qué el forastero deja su cuerpo más no su cabeza para emprender el viaje?

En realidad, un aspecto de la magia del cuento reside más en la traslación y el transporte de la rosa que en la perfecta autoescisión de la cabeza.

¿Por qué el forastero sigue al sacerdote? ¿Acaso éste ve en el poder del desdichado otra muestra de los designios divinos? O, al revés: ¿se siente culpable por haber transgredido ciertos límites que escapan a su ministerio?

¿Qué efecto ha causado en el alma del sacerdote el contacto con la fresca rosa?

Con *El hombre de la rosa*, Manuel Rojas se anticipó en medio siglo a la activa incorporación del lector en el juego creador. Tan notable es el acicate que impulsa al lector a crear otro relato, siempre diverso, donde jamás habrá respuesta definitiva a todas las interrogantes.

Sin duda, Manuel Rojas cumplió el decálogo de Horacio Quiroga y puso énfasis en el décimo mandamiento:

“No pienses en los amigos al escribir ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si el relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento.”

Antes de Cortázar, alcanzó un secreto de la magia:

“sólo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene entre nosotros, y que explica también por qué hay muy pocos cuentos verdaderamente grandes”.

Manuel Rojas logró un tiempo y un espacio propios con su propia tensión, provocada a su vez por la

condensación de otro tiempo y otro espacio (o transgresión de tiempo y espacio por el forastero), la cual dio por resultado una alta presión espiritual y formal. Esta tensión es comparable a la concentración de la pesadilla.

Manuel Rojas cumplió a cabalidad con las dos leyes del cuento señaladas más tarde por Juan Bosch:

Ley de la fluencia constante: de acuerdo con la cual, la acción no puede detenerse jamás; dicha fluencia proporciona la dinámica del cuento. En la acción está la sustancia del cuento. La acción forma el cuento y le confiere su naturaleza activa. Ley del rigor de las palabras o del uso exclusivo de las palabras indispensables para expresar la acción. La palabra puede exponer la acción, pero nunca podrá reemplazarla. Toda palabra no esencial al objetivo del cuento, le resta fuerza a su dinámica.

Manuel Rojas nos acercó un poco más al corazón de la literatura que, según Borges: “es un sueño, un sueño dirigido” y consiguió con este cuento que el único hecho se transformara en hecho único. ♦

Notas:

1. Wilhelm de Mösbach transcribió del mapudungun al castellano las memorias del cacique Pascual Coña, éste fue su verdadero maestro de la lengua y su introductor en ese mundo del que testimoniaría en *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda parte del siglo XIX* (1) 1a. ed. Revista Chilena de Geografía, 1929-1936; ICIRA, 1973.

2. Botánica indígena de Chile, Museo de Arte Precolombino, Fundación Andes, Edit. Andrés Bello, 1992.

FUNDACION
PABLO NERUDA



Manuel Rojas 1896-1996



CUADERNOS

Año VII
Número 24
Santiago Chile
1996